

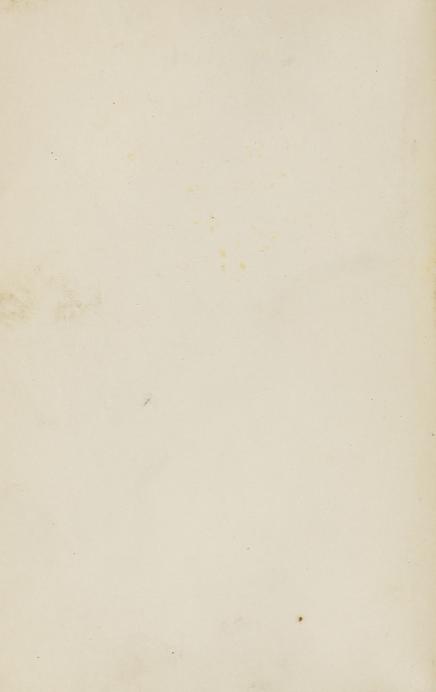






B1, T37(49)

Sist. 892000



Literatura Chilena

POR

SAMUEL A. LILLO

Pro-Rector de la Universidad de Chile Catedrático del ramo en el Instituto Nacional

+0+

CASA EDITORIAL «MINERVA»

M. GUZMAN MATURANA

SANTIAGO-CHILE





SANTIAGO DE CHILE

SOC. IMP. Y LIT. UNIVERSO

Galería Alessandri 20

1918

BEOCHON GONTEEL



OBRAS DEL AUTOR

Poesías.—1900.

Antes y Hoy.—Poema, 1905.

Canciones de Arauco.—1908.—4.ª edición, 1917.

Chile Heroico.—1911.—2.ª edición, 1917.—Poesías premiadas en los certámenes del Centenario. (Santiago y Valparaíso).

La Concepción.—Poema, 1911.—2.ª edición, 1911.— Premiado en el Certamen del Centenario (Consejo de Letras).

La Escolta de la Bandera.—Poema, 1912.

Canto a la América Latina.—1913.—Primer premio en los Juegos Florales de Tucumán. (República Argentina).

Canto a Vasco Núnez de Balboa.—1914.—Primer premio en el Certamen del Consejo de Instrucción Pública.

Canto Lírico a la Lengua Castellana.—1916.—Primer premio en los Juegos Florales Cervantinos de Valparaíso.

Literatura Chilena.—Un volumen, 1918.

Próximas a publicarse:

A Isabel La Católica.—Canto lírico premiado con la flor de oro en los Juegos Florales de la Raza, en Concepción, 1916.

Bajo la Cruz del Sur.—Poemas de las regiones australes. Literatura Hispano-Americana.





BIBLIOGRAFIA

Historia General de Chile.—Diego Barros Arana. Reseña Histórica de la Literatura Chilena.—Domingo Amunátegui Solar. (1)

Historia de la Literatura Colonial de Chile.—J. T. Medina.

La Araucana.—J. T. Medina.

Movimiento Intelectual de Chile.—Alejandro Fuenzalida G.

Lastarria y su tiempo.—Alejandro Fuenzalida G.

Recuerdos Literarios. - J. Victorino Lastarria.

La Poesía Chilena, -- Adolfo Valderrama.

Obras de M. L. Amunátegui.—Ed. de la Universidad. Producción Intelectual de Chile.—Jorge Huneeus G.

Diccionario Biográfico.—Pedro Pablo Figueroa.

Antología Chilena.—Pedro Pablo Figueroa.

Diccionario Biográfico Americano.-J. D. Cortés.

⁽¹⁾ Debo al Sr Amunátegui Solar, además de los datos tomados de su obra, algunas valiosas indicaciones que me han servido para aclarar varios puntos dudosos.

Historia de la poesía Hispano-Americana.—M. Menéndez Pelayo.

Pláticas Literarias.—P. N. Cruz.

Recuerdos del Pasado.—V. Pérez Rosales.

Biblioteca de Escritores Chilenos.—Edición Oficial.



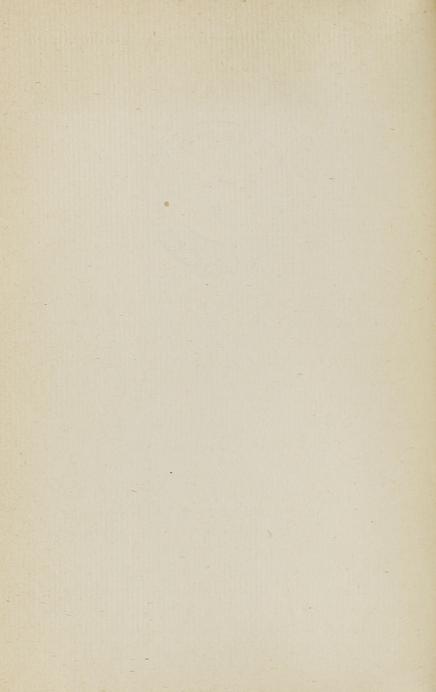
ADVERTENCIA

Este opúsculo escrito sin pretensiones de autor y sin refinamientos literarios, se ha hecho sólo para que sirva de guía a los alumnos del 6.º año de Humanidades que hasta ahora tenían que valerse de apuntes dictados en las clases.

La forma sumaria en que se tratan los autores y materias se explica porque el programa de este curso deja disponibles solamente para el estudio de la Literatura Chilena y Americana los dos últimos meses del año, pues el profesor deberá enseñar primeramente la Literatura Castellana de los siglos XVIII, XIX y XX que, por el gran número de autores y de obras, demanda mayor tiempo y dedicación.

El autor.









La literatura chilena puede dividirse en tres períodos: El 1.º comprende las épocas de la conquista y la colonia hasta 1810; el 2.º llamado de la Independencia empieza en 1810 y dura hasta 1842; y el 3.º abarca la producción literaria desde este año hasta nuestros días.

PRIMER PERIODO

En la literatura colonial hemos incluído no sólo a los autores que nacieron en Chile sino también a los peninsulares que en esa época escribieron en el país algún trabajo sobre asuntos chilenos.

Según esto, figurarán en la literatura colonial de Chile, Ercilla y los demás poetas que trataron sobre el mismo tema de Arauco. Entre los cronistas e historiadores irán también los españoles que vivieron en la colonia y relataron algunos de los acontecimientos de su tiempo.

Si fuéramos a considerar solamente el lugar del nacimiento, no habría propiamente literatura colonial chilena, pues todos los autores nacidos durante esa época en el Reino de Chile son legalmente españoles.

Por eso, prescindiendo de la circunstancia del nacimiento del escritor, son para nosotros obras nacionales El Arauco Domado y La Araucana, sobre todo este último poema que, aunque escrito por un peninsular, es la epopeya de nuestra raza y la base de un ciclo poético de nuestra literatura.

Ercilla ha sido el padre espiritual de todos los poetas que han cantado las hazañas de nuestros héroes.

Los géneros más cultivados en esta época fueron la Historia y la Poesía narrativa. Las obras históricas eran historias y crónicas, y las poéticas consistían en poemas imitados de la Araucana, romances sobre algunos asuntos de actualidad e improvisaciones hechas por poetas cultos y por palladores.

La poesía colonial fué pobre y sin originalidad. Puede decirse que sólo hubo poetas mediocres.

Las causas principales de esta escasez y mala calidad de producción, fueron entre otras, el atraso de la colonia, la vida aislada y monótona de sus habitantes, y la falta de libertad de pensamiento. A Chile no llegaban libros extranjeros porque su importación era prohibida, de modo que los únicos modelos que tuvieron nuestros primeros poetas fueron los escritores españoles de los siglos XV y XVI. Por estos motivos

las imitaciones fueron numerosas y las obras originales escasas.

En la poesía épica, el modelo fué *La Araucana* de Ercilla, que inspiró las principales producciones de este género en la colonia. Las más importantes de estas imitaciones por orden de valor, son *El Arauco Domado* de Pedro de Oña, y *El Purén Indómito* del Capitán Alvarez de Toledo.

La Araucana

El autor de este poema, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, nació en Madrid en 1533. Era hijo de una Noble familia de Vizcaya.

En su niñez fué paje de Felipe II y más tarde lo acompañó en sus expediciones.

Estaba en Inglaterra, cuando supo la sublevación de los indios de Chile y la muerte de Pedro de Valdivia, y se enroló entonces en la expedición que el Rei mandó a las órdenes de Jerónimo de Alderete para someter a los araucanos.

Alderete murió cerca de Panamá y Ercilla continuó el viaje hasta Lima y formó parte del ejército que el Virrei del Perú, envió bajo el mando de su hijo don García de Mendoza, a pacificar el Reino de Chile.

Se batió como un valiente soldado en varias de las batallas de la guerra de Arauco y a causa de un gran disgusto que tuvo con don García, se vió obligado a dejar el país después de haber alcanzado a recorrer toda la región del sur hasta Chiloé.

En 1562 volvió a España. Murió en Madrid en 1594. Ercilla era de carácter noble y generoso. En su mismo poema lo deja ver cuando hace la defensa de los indios.

Joven e impetuoso vino a Chile atraído solamente por las noticias de las heroicas hazañas de los araucanos y al verlos de cerca comprendió que era el pueblo invencible sobre el cual podía hacerse un poema como los de Homero y del Ariosto y empezó a escribir desde su llegada.

Se ha dicho que en pedazos de papel, en tiras de cuero y en los materiales que encontraba a mano, escribía de noche a la luz de las antorchas de los campamentos, las estrofas que cantaban la heroicidad de los araucanos y el valor y energía de los conquistadores.

Según algunos preceptistas, La Araucana no merece el título de poema épico, porque carece de algunas condiciones que se exijen en las epopeyas clásicas. El primer reparo que se le ha hecho en este sentido, es que carece de héroe principal como deben tener todas las epopeyas.

En efecto, no hay en La Araucana héroe dominante pero tampoco hace falta, porque el poeta trató de pintar aquí el valor de un pueblo heroico que había llenado de admiración a los conquistadores acostumbrados a pelear con los ejércitos más aguerridos de Europa. En realidad el héroe de este poema es el pueblo araucano representado por algunos de sus caciques más notables como: Caupolicán, Tucapel, Colo-Colo, Lautaro, y Rengo que alcanzaron las altas proporciones de los héroes de Homero.

Los españoles, sin duda, dice un crítico, esperaron que este poema escrito por un poeta castallano tuviera un héroe nacional; por esto a muchos no les ha sido agradable ver que el pintor da más importancia a los salvajes que a los conquistadores. Pero este disgusto no tiene razón de ser, pues los araucanos, a pesar de su valor legendario, fueron sometidos al fin por los castellanos; de modo que el poeta no deja mal puesto el nombre de sus compatriotas.

El héroe de este poema debió ser Don García Hurtado de Mendoza, joven valiente y gallardo y uno de los más atrevidos capitanes españoles que pelearon en Arauco. Esta omisión del poeta se ha tratado de explicar por el mencionado disgusto que tuvo con el Gobernador, de resultas del cual Ercilla se vió obligado a salir de Chile. En efecto, parece que Ercilla no le conservó buena voluntad a don García por este hecho, y en algunas partes hace ver que era atolondrado y violento. En una estrofa lo llama:

«El joven capitán acelerado.»

Se ha dicho que el estilo de *La Araucana* es pobre e indigno de la epopeya.

Es verdad que Ercilla descuidó en algunas partes el estilo hasta el punto de que algunos pasajes del poema parecen trozos de una crónica rimada, pero, en general, su lenguaje es cuidado, con expresiones escogidas y figuras adecuadas a la naturaleza de las escenas que describe. Sobre todo resaltan la altura, la belleza y la fuerza del estilo en las descripciones de batallas y en los discursos de los héroes araucanos.

Se ve que Ercilla sin embargo procuró ajustarse a las reglas de las epopeyas clásicas, porque puso en un poema discursos que han sido encontrados tan hermosos como los pronunciados por los héroes de Homero y lo adornó para quitarle la monotonía de las narraciones guerreras, con episodios amorosos, algunos de ellos conmovedores como los de Tegualda, Fresia y Guacolda.

Finalmente, para imitar a las antiguas epopeyas, introdujo la «máquina» que es la intervención de personajes sobrenaturales como: dioses y genios encantadores.

La Araucana no necesitaba de máquina para ser interesante, y puede decirse que el poeta echó a perder su obra con la intervención del mago o encantador Fitón que introduce escenas desligadas del poema sin interés alguno.

Poco importa que *La Araucana* sea o nó un poema épico en el concepto clásico de la palabra.

Lo que podemos sí dejar establecido es que para nosotros es una verdadera epopeya por el asunto que canta, por los héroes que en ella intervienen, i que son nuestros abuelos, por las bellezas incomparables de sus descripciones de batallas y costumbres, por las admirables arengas que hoy aprenden de memoria nuestros niños y por los sentidos episodios que hacen su lectura interesante y cautivadora.

Además de todas estas cualidades, tiene La Araucana un gran valor histórico, porque constituye una de las fuentes más importantes para el estudio de la época de la conquista.

Consta de 37 cantos escritos en octavas reales y se divide en 3 partes que se publicaron sucesivamente en 1569, 1578 y 1589.

Descripción de Chile

Chile, fértil provincia y señalada, en la región antártica famosa, de remotas naciones respetada por fuerte, principal y poderosa; la gente que produce es tan granada, tan soberbia, gallarda y belicosa, que no ha sido por rey jamás regida, ni a extranjero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura, costa del nuevo mar del Sur llamado; tendrá del Este al Oeste de angostura cien millas, por lo más ancho tomado; bajo del polo Antártico en altura de veinte y siete grados, prolongado hasta do el mar Océano y Chileno mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden, pasando de sus términos, juntarse, baten las rocas y sus olas tienden; mas esles impedido el allegarse; por esta parte al fin la tierra hienden y pueden por aquí comunicarse:

Magallanes, Señor, fué el primer hombre que, abriendo este camino, le dió nombre.

Por falta de piloto, o encubierta causa, quizá importante y no sabida,

esta secreta senda descubierta quedó para nosotros escondida: ora sea yerro de la altura cierta, ora que alguna isleta removida del tempestuoso mar y viento airado, encallando en la boca la ha encerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra, y baña la del Oeste la marina; a la banda del Este va una sierra que el mismo rumbo mil leguas camina; en medio es donde el punto de la guerra por uso y ejercicio más se afina: Venus y Amor aquí no alcanzan parte; sólo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado, por donde su grandeza es manifiesta, está a treinta y seis grados el Estado que tanta gente extraña y propia cuesta: éste es el fiero pueblo no domado que tuvo a Chile en tal estrecho puesta, y aquél que por valor y pura guerra hace en torno temblar toda la tierra.

Discurso de Colocolo

Caciques del estado defensores, codicia de mandar no me convida, a pesarme de veros pretensores de cosa que a mí tanto era debida; porque, según mi edad, ya veis, señores, que estoy al otro mundo de partida; mas, el amor que siempre os he mostrado a bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos, y ser en opinión grandes tenidos, pues que negar al mundo no podemos haber sido sujetos y vencidos? Y en esto averiguarnos no queremos, estando aún de españoles oprimidos: mejor fuera con furia ejecutalla contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro ¡oh, araucanos! que a perdición os lleva sin sentillo? ¿Contra vuestras entrañas tenéis manos, y no contra el tirano en resistillo? ¿Teniendo tan a golpe a los cristianos, volvéis contra vosotros el cuchillo? Si gana de morir os ha movido, no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso a los pechos de aquéllos que os han puesto en dura sujeción, con afrentoso partido, a todo el mundo manifiesto: lanzad de vos el yugo vergonzoso; mostrad vuestro valor y fuerza en esto: no derraméis la sangre del estado que para redimirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía de vuestro corazón, antes me es fuerza; mas, temo que esta vuestra valentía, por mal gobierno, el buen camino tuerza: que, vuelta entre nosotros la porfía, degolléis vuestra patria con su fuerza: cortad pues, si ha de ser de esa manera, esta vieja garganta la primera

Que esta flaca persona atormentada de golpe de fortuna, no procura sino el agudo filo de una espada, pues no la acaba tanta desventura. Aquella vida es bien afortunada que la temprana muerte la asegura; pero, a nuestro bien público atendiendo, quiero decir en esto lo que entiendo:

Pares sois en valor y fortaleza; el cielo os igualó en el nacimiento; de linaje de estado y de riqueza hizo a todos igual repartimiento: y en singular por ánimo y grandeza, podéis tener del mundo el regimiento: que este precioso don, no agradecido, nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero que puede en breve tiempo remediarse; mas, ha de haber un capitán primero, que todos por él quieran gobernarse: éste será quien más un gran madero sustentare en el hombro sin pararse; y pues que sois iguales en la suerte, procure cada cual ser el más fuerte.

Discurso de Lautaro

¡Oh! ciega gente, del temor guiada, ¿a do volvéis los generosos pechos, que la fama en mil años alcanzada aquí perece y todos vuestros hechos? La fuerza pierden hoy, jamás violada, vuestras leyes, los fueros y derechos; de señores, de libres, de temidos, quedáis siervos, sujetos y abatidos.

Mancháis la clara estirpe y descendencia, e ingerís en el tronco generoso una incurable plaga, una dolencia, un deshonor perpetuo, ignominioso, Mirad de los contrarios la impotencia, la falta del aliento y el fogoso latir de los caballos, las ijadas llenas de sangre y en sudor bañadas.

No os desnudéis del hábito y costumbre que de nuestros abuelos mantenemos, ni el araucano nombre de la cumbre a estado tan infame derribemos; huid el grave hierro y servidumbre; al duro hierro osado pecho demos; ¿por qué mostráis espaldas esforzadas que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria, que el ciego y torpe miedo os va turbando: dejad de vos al mundo eterna historia, vuestra sujeta patria libertando; volved, no rechacéis tan gran victoria, que os está el hado próspero llamando; a lo menos firmad el pie ligero a ver cómo en defensa vuestra muero.

El Arauco Domado

El autor de este poema fué el poeta chileno Pedro de Oña, nacido en Angol a mediados del siglo XIX.

Era hijo del capitán español don Gregorio de Oña muerto despedazado por los indios, según dice el poeta en el canto IX de su obra.

Hizo sus estudios en Lima, y se recibió de licenciado en el Colegio Real de San Felipe y San Marcos.

En 1596 publicó en esa ciudad su Arauco Domado, y más tarde otro poema en doce cantos titulado Ignacio de Cantabria, obra pesada y sin mérito literario, a pesar de haber sido muy alabada por sus contemporáneos.

Oña escribió además otras poesías sueltas que junto con sus dos poemas, le dieron fama en España y América: Lope de Vega, Calderón, Pérez de Montalvan y Francisco de Figueroa lo elogiaron: el primero lo alaba en su obra titulada Laurel de Apolo, y el último le dedica una canción.

El Arauco Domado está dedicado al primogénito de don García Hurtado de Mendoza, y tiene por objeto cantar las hazañas de aquel joven capitán, olvidadas, según el autor, en La Araucana de Ercilla. Consta de diez y nueve cantos escritos en octavas de factura especial.

Su argumento es pobrísimo: Don García de Mendoza llega en socorro de los españoles y desembarca en Penco. Construye un fuerte que los araucanos atacan al mando de Caupolicán y movidos por un mensajero que Satanás les ha mandado.

Los indios son derrotados; don García pasa el Bío-Bío y entra en la tierra de Arauco en donde es atacado de nuevo.

Figuran en la obra algunos episodios imitados de La Araucana en los cuales hay escenas en que los salvajes aparecen finos y enamorados como los pastores de las églogas virgilianas o los guerreros del Ariosto.

Como la mayor parte de los poemas de esa época, lleva al principio de cada canto una especie de introducción con reflexiones filosóficas o con citas históricas.

Aunque hay en el poema algunos pasajes interesantes escritos en versos armoniosos y agradables, el *Arauco Domado* no tiene mérito literario suficiente para recomendar su lectura completa. Tal vez su valor principal sea el de un documento histórico.

No podemos perdonarle a Oña su falta de plan, la inverosimilitud de los sucesos inventados, la falsedad de sus paisajes llenos de faunas y floras exóticas, el empleo de expresiones prosaicas y groseras y la afectación de su estilo en el que abundan los abusos de las escuelas del mal gusto.

No participamos del entusiasmo del señor Valderrama que en su Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena, habla de metáforas preciosas que nosotros no hemos podido encontrar.

En cambio hemos hallado numerosísimas figuras vulgares y ramplonas.

Aunque algunas de las descripciones de los combates son animadas y pintorescas, en general queda muy por debajo de Ercilla: le faltan el brío del maestro y su viveza de expresión.

FRAGMENTOS DEL CANTO V

Descripción del baño de Caupolicán y Fresia

Estaba a la sazón Caupolicán en un lugar ameno de Elicura do por gozar el sol en su frescura se vino con su palla mano a mano: merece tal visita el verde llano por ser de tanta gracia y hermosura, que allí las flores tienen por floreo colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el Setiembre frío, nunca el templado Abril estuvo fuera, allí no falta verde primavera ni asoma crudo invierno y seco estío. Allí por el sereno y manso río, como por transparente vidriera, los náyades están a su contento mirando cuanto pasa en el asiento.

En todo tiempo el rico y fértil prado está de hierba y flores guarnecido, las cuales muestran siempre su vestido de trémulos aljófares bordado; aquí veréis la rosa de encarnado allí al clavel de púrpura teñido, los turquesados lirios, las violas, jazmines, azucenas y amapolas.

Entre la verde juncia, en la ribera, veréis al blanco cisne paseando y alguna vez en dulce voz mostrando haberse ya llegado la postrera: sublimes por el agua, el cuerpo fuera veréis a los patillos ir nadando, y cuando se os esconden y escabullen que lejos los veréis de do zabullen.

Pues por el bosque espeso y enredado, ya sale el jabalí cerdoso y fiero, ya pasa el gamo tímido y ligero, ya corren la corcilla y el venado, ya se atraviesa el tigre variado, ya penden sobre algún despeñadero las saltadoras cabras montesinas con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos por la frisada, tosca y dura peña en fugitivo golpe se despeña, llevándose de paso los oídos, en medio de los árboles floridos y crespos de la hojosa y verde greña, enfrena el curso oblícuo y espumoso haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido y transparente las guijas y pizarras del arena sin recibir la vista mucha pena, se pueden numerar distintamente: los árboles se ven tan claramente en la materia líquida y serena, que no sabréis cuál es la rama viva si la que está debajo o la de arriba.

Elojio de don García

En medio del estruendo y batería, enhiesto sobre el muro entre su gente, parece aquel magnánimo y valiente, aquel insigne joven don García: cual suele parecer al medio día a vueltas de agua un sol resplandeciente, o como cuando el cielo está ñublado, se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bel armaba por de fuera un blanco y limpio arnés de temple fino, y por de dentro al alma un diamantino que al ímpetu de un monte resistiera: brotaba por su rostro y la cimera más luz que el sol en medio su camino, bastante a que en mirándole de frente, se deslumbrase el bárbaro insolente. El bello de oro puro le apuntaba con suma perfección y gracia puesto, y el aguileño, rojo y blanco gesto envuelto en fina púrpura mostraba: ninguno de los suyos le miraba, por mínimo que fuera que con esto no concibiese un ánimo terrible, para poner el pecho a lo imposible.

Al fuerte corazón el fuerte escudo, como a seguro arrimo está arrimado, y a la derecha mano encomendado el blanco (ya bermejo) filo agudo: que por su cuerpo el bárbaro desnudo a su pesar mil veces paso ha dado, haciendo de la clara sangre nueva, a costa de la suya clara prueba.

Solícito por todas partes anda, en todo se interpone, a todo atiende, y aunque en furor colérico se enciende, con gran reportación ordena y manda: a quien la mano muestra floja y blanda, con apretar la suya reprende, y en el que con mayor esfuerzo lidia engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave anima a su escuadrón en tal estrecho, y sobre el alto dicho pone el hecho, cosa que en un sujeto apenas cabe: y menos cabe en mí que los alabe, faltándome la voz, el canto, el pecho, si no me presta el cielo para tanto voz nueva, pecho nuevo, y nuevo canto.

El Purén Indómito

Pocas noticias hay sobre la vida de su autor, el capitán Fernando Alvarez de Toledo. El Padre Alonso Ovalle dice que era originario de Andalucía, que tomó parte en las guerras de Arauco i que se distinguió en ellas hasta obtener el grado de capitán.

El poema está escrito en octavas reales y consta de 24 cantos. El manuscrito fué encontrado por don Diego Barros Arana en la Biblioteca de Madrid. Por su escaso valor literario no ha sido incluído en la Biblioteca de Rivadeneira. El señor Barros Arana lo hizo publicar en Leipzig en 1862.

Empieza con la sublevación de los araucanos en 1598; habla primero de la sorpresa de Curalava, en que fué derrotado y muerto el gobernador español don Martín García de Loyola, y continúa con los hechos principales de este levantamiento y las hazañas del toqui Pelantaro.

No es propiamente un poema: es más bien una crónica guerrera escrita en versos. Como el *Arauco Do*mado, sólo tiene valor histórico, pero es inferior a éste en versificación, porque sus versos son duros, prosaicos y defectuosos muchas veces.

Carece el autor de sentimiento poético; Alvarez de Toledo no era un poeta sino un soldado que contó fielmente lo que vió. Los discursos de sus héroes araucanos son ridículos, están llenos de citas de historia y mitología que demuestran la asombrosa erudición de aquellos salvajes.

No trataremos especialmente del poema de Melchor Jufré del Aguila por ser muy inferior a los dos anteriores.

Esta obra, que ha llegado incompleta hasta nosotros se publicó en Lima en 1630 con el título de Compendio Historial del Descubrimiento, Conquista y Guerras del Reino de Chile.

Mencionaremos finalmente un poema publicado por don José Toribio Medina en 1888, con el título de Guerras de Chile y atribuído al sargento mayor don Juan de Mendoza y Monteagudo.

No se sabe en realidad quien es el autor de las Guerras de Chile.

El señor Amunátegui Solar en la Reseña Histórica sobre la Literatura Chilena, alaba justamente esta obra y cree, con fundamentos, que fué escrita por don Antonio de Quiñones, hijo del Gobernador don Francisco de Quiñones, cuyos hechos celebra.

LOS ROMANCES

Carecen de importancia los romances coloniales.

En su forma eran imitaciones de los de Góngora, Lope de Vega o de otro escritor del siglo de oro.

Los asuntos narrados en ellos eran sucesos de cualquiera especie que en aquella época interrumpían la monótona vida de los habitantes.

Así hubo romances, sobre inundaciones del Mapocho,

la llegada o muerte de algún obispo, o algún hecho milagroso.

Entre los romances más conocidos mencionaremos el de la Visión de Petorca de fines del siglo XVIII, atribuído al Padre Sebastián de la Cueva que fué después obispo de Cartagena, y el que escribió sobre la Avenida del Mapocho en 1783, una monja carmelita cuyo convento fué inundado por el río.

LOS IMPROVISADORES

Abundaron en la colonia los poetas repentistas o improvisadores; los hubo cultos y populares; estos últimos se llamaron, como ya hemos dicho, palladores. Los primeros fueron principalmente frailes, y los asuntos que trataron, alegres y ligeros, y muchas veces con carácter burlón y epigramático.

Mencionaremos los principales: el Padre López, el Padre Oteíza, el Padre Escudero y el Capitán don Lorenzo Mujica.

El Padre López: Era dominicano, teólogo distinguido, y uno de los hombres más ingeniosos y espirituales. Sus improvisaciones son satíricas por regla general. Ha sido llamado el Quevedo Chileno, y ha tenido tanta fama como el español entre el pueblo, de tal modo que cuanta estrofa burlona o maligna, de autor desconocido se oía, era atribuída al Padre López.

Al pasar frente a la iglesia de los Teatinos, improvisó la siguiente quintilla sobre el reloj que marcaba las 2¹/₄ de la tarde:

Tres cuartos para las tres ha dado el reloj vecino, y lo que me admira es, que siendo reloj teatino dé cuartos sin interés.

El Padre Oteiza: Este religioso agustino cultivó el género satírico burlesco. Es inferior al Padre López. No hay muestra ninguna de estas improvisaciones. El señor Valderrama tiene en su trabajo una décima seria, improvisada por este Padre en el cementerio, ante una flor nacida dentro de un cráneo lleno de tierra. Se ve en ella la cercana imitación de los líricos españoles del siglo XVI.

Padre Escudero: Era franciscano; también cultivó el género satírico. Se dice que el Padre Escudero no había nacido para el claustro. Tuvo un carácter alegre y llevó una vida regalada. El señor Valderrama trae comomuestra una décima que improvisó el padre después que fué despedido del puesto de capellán de una hacienda, a causa de su conducta ligera.

Lorenzo Mujica: Fué capitán de artillería durante la dominación española. Era un improvisador ingenioso y galante. Ha sido colocado por sus contemporáneos a la altura del Padre López. Principalmente sobresalió por la oportunidad de sus improvisaciones. Son muy conocidas y celebradas tres décimas del Capitán Mujica; la primera improvisada para justificar la tardanza a una reunión por haber sido la misa muyllarga; la segunda, la mejor de las tres, sobre el siguiente pie-

forzado: salero sin sal si no y la tercera improvisada galantemente a la mujer del Gobernador, que con otras personas había ido a ver una ballena varada en la playa de Valparaíso.

He aquí la segunda:

La mujer que da en querer para todos tiene sal, y es salero universal el amor de la mujer; mas, si da en aborrecer aquello que más amó, no tiene sal, diré yo; por cuya razón se infiere: salero es con sal, si quiere, salero sin sal, si no.

PALLADORES

Son poetas populares que improvisan sobre cualquier tema que se les dé. Abundaban ya en la Colonia, sobre todo en las provincias del sur, entre la gente del campo.

No son sentimentales como los palladores argentinos, sino más bien alegres y burlones, siempre listos al ataque epigramático y a la réplica ingeniosa; sólo son tiernos, cuando enamorados, cantan su pasión al objeto de su cariño, o lamentan sus desdenes.

Tres son las formas principales de esta poesía popular criolla: la tonada, el corrido y la palla.

La tonada se canta de ordinario en la guitarra; es

casi siempre alegre; sólo suele ser sentimental cuando es amorosa.

El corrido es un romance en que se cuentan las hazañas de algún héroe popular, se describe alguna fiesta campestre o cualquier suceso de actualidad.

La palla es una especie de diálogo en verso, jeneralmente en cuartetos octosílabos, en el cual dos poetas se atacan y se defienden con hostilidad e ingenio, delante de un concurso.

Hay palladores a lo divino y a lo humano.

Es célebre la palla verificada en el siglo XVIII, en uno de los campos del sur de Chile, entre el indio Taguá y el joven chileno Javier de la Rosa. Después de la palla, el indio Taguá, invencible hasta entonces, se suicidó al ser derrotado por de la Rosa.

HISTORIADORES Y CRONISTAS DEL PRIMER PERIODO

Las mismas causas que hemos anotado para explicar la escasez y mala calidad de producción poética de este período se aplican también a la prosa.

El género más cultivado, como ya hemos dicho, fué el histórico, y sus autores fueron principalmente sacerdotes o militares.

Nombraremos los más importantes:

El Clérigo don Cristóbal Molina: Es el historiador más antiguo de esa época. Según el señor Medina, su obra Conquista y Población del Perú, en la cual refiere la expedición de Almagro a Chile, es un trabajo importante y recomendable por su estilo.

2 LITERATURA

Pedro de Valdivia. Las cartas de Pedro de Valdivia, en las que este conquistador refiere sus hechos al Rey de España, son también verdaderas obras históricas de ese tiempo, por la franqueza y sencillez de su narración.

Alorso de Góngora Marmolejo. Este capitán español era compañero de Valdivia.

Escribió la *Historia del Reino de Chile*, que ha servido al señor Barros Arana, según declaración propia, de guía muchas veces en la narración de los sucesos desde el gobierno de Valdivia hasta 1575, fecha en que el autor terminó su libro.

Góngora murió en Enero de 1576.

El señor Barros Arana, aunque reconoce la verdad e imparcialidad del historiador, le critica su desorden, su falta de claridad, sus errores cronológicos, y el haberse dedicado especialmente a narrar sólo hechos militares.

Pedro Mariño de Lobera. Fué un capitán gallego que llegó a Chile en tiempos de Valdivia.

Después de haber sido corregidor de la ciudad de este nombre, murió en Lima en 1594.

Escribió una crónica en que cuenta los sucesos de Chile hasta el último decenio del siglo XVI. Según el señor Barros Arana, es la mejor fuente de información del gobierno de Hurtado de Mendoza. De esta obra sólo se conoce un manuscrito corregido y aumentado por el Padre Bartolomé de Escobar, por encargo del mismo Hurtado de Mendoza.

Es posible que los milagros y prodigios sobrenatu-

rales contados ingenuamente en este libro, sean obra del Padre Escobar y no del cronista primitivo. Se ve que hay en este libro un propósito análogo al del *Arauco Domado*: la celebración de las hazañas de Hurtado de Mendoza.

El Doctor Suárez de Figueroa, a insinuación de algunos herederos de Hurtado de Mendoza, escribió otra obra calcada sobre la del P. Escobar, y la publicó en Madrid en 1613.

A juicio del señor Barros Arana. se recomienda esta historia por su estilo vigoroso, elegante, y a veces magistral, que soporta la comparación con las obras de los mejores hablistas de su tiempo.

El Padre Alonso Ovalle. Es el primer historiador importante de Chile. Nació en Santiago en 1601 y fué jesuíta. Su obra se llama Historia y Relación del Reino de Chile. Se publicó en Roma en 1646. Es citada como autoridad en España y América y está escrita en buen castellano. También, como en el libro del P. Escobar, hay en éste muchas supersticiones que el autor parece creer.

El P. Ovalle murió en Lima en 1651.

El Padre Rosales. Diego de Rosales era también jesuíta, contemporáneo del anterior. Escribió una *Historia General del Reino de Chile*, en la que describe con acopio de datos extraordinarios, la vida y las costumbres de los indios de Chile y en especial, la guerra defensiva impuesta por el P. Valdivia.

El señor Barros Arana dice que esta obra está escrita con poco método, sin arte ni colorido, y que es

por esto, pesada y monótona. El señor Medina declara que es el arsenal más copioso y serio para conocer los primeros pasos de nuestra civilización.

Don Vicente Salvá alaba tanto su estilo, que lo cree superior en fuerza y animación al de Antonio de Solís.

La verdad es que la obra del P. Rosales es muy interesante, y se lee con agrado. Son muy pintorescas las descripciones de algunas costumbres y supersticiones indígenas, y muy viva y animada la narración de algunos combates.

Esta obra sólo se publicó en 1878 por don Benjamín Vicuña Mackenna.

El Abate Molina. Se llamaba Ignacio Molina. Nació en 1737 en una hacienda a orillas del Maule. Se educó primeramente en el colegio que poseían los Jesuítas en Bucalemu. En los campos de los alrededores fué donde se aficionó al estudio de las ciencias naturales.

Trasladado a Santiago fué nombrado bibliotecario del Convento Central, y allí se hizo un verdadero sabio: aprendió latín, griego, francés e italiano.

Sólo tenía las órdenes menores cuando los Jesuítas fueron expulsados de Chile. Se radicó en Bolonia (Italia), en donde se ordenó de sacerdote. Publicó, en italiano, un compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil de Chile, y en seguida la obra completa titulada Ensayo sobre la Historia Natural de Chile.

Cuatro años después publicó la segunda parte de esta obra, titulada Historia Civil de Chile.

El Abate Molina no sólo fué un historiador; fué tam-

bién un sabio que se adelantó a su tiempo. Sus teorías científicas llamaron la atención. Habiendo heredado una pequeña fortuna, la dedicó a la fundación de un colegio en Talca.

Murió en Bolonia en 1829. Esta ciudad lo ha considerado como hijo suyo y le ha levantado una estatua.

ESCRITORES MISTICOS I DIDACTICOS. NOVELISTAS

Manuel Lacunza. El Padre Lacunza nació en 1731 y murió en 1801. Escribió una obra mística titulada La Venida del Mesías en Gloria y Majestad, que ha sido considerada por algunos entendidos como la mejor obra que se haya escrito para explicar y comentar el Apocalipsis de San Juan. Se dice que este libro fué prohibido por la Curia Romana.

El Padre Valdivia y Andrés Febres. El primero escribió en Lima una gramática con un vocabulario araucano, y el segundo una gramática de la lengua chilena i un diccionario hispano-chileno.

Don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. Nació en Chillán a principios del siglo XVII. Era hijo del Maestre de Campo don Alvaro Núñez.

Entró muy joven al ejército de la Frontera y fué hecho prisionero por los araucanos en una batalla en que se condujo valientemente.

A su vuelta del cautiverio volvió al servicio militar

y alcanzó, como su padre, el puesto de Maestre de Campo.

Vivió en la miseria sin empleo los últimos años de

su vida y murió en el Perú en 1682.

La obra de Pineda y Bascuñán se llama el *Cautiverio* Feliz.

Es una especie de novela histórica en que narra con naturalidad las peripecias que sufrió en su cautiverio, sus amores y aventuras y alaba la noble conducta del cacique Maulicán que lo hospedó en su ruca y lo protegió siempre con singular afecto.

Pineda y Bascuñán inserta en su libro varios romances imitados de los poetas castellanos y algunas poesías que dice haber traducido del araucano.

LA INSTRUCCION EN LA COLONIA

Propiamente no existió la instrucción pública en los primeros tiempos de la Colonia, porque se consideraba peligroso el progreso intelectual de los colonos, pues podían aspirar a tomar parte en el gobierno o a independizarse.

Les bastaba a los gobernantes el que fueran cumplidores de las prácticas religiosas: el que era religioso era sumiso a la Iglesia, y por tanto, a la autoridad

del rey, que emanaba de Dios.

Nadie reclamaba de este estado de cosas, porque la ocupación principal de los hombres era la guerra, para la cual, según decían ellos, no necesitaban ciencia. Tampoco existía la educación de las mujeres, porque los padres la consideraban peligrosa para sus sentimientos morales y religiosos.

Sólo a fines del siglo XVI se fundaron las primeras escuelas elementales en los conventos, con el principal objeto de formar novicios para las órdenes religiosas.

Los Dominicanos y los Jesuítas sobresalieron en esta tarea, y sus colegios fueron los más estimados.

A principios del siglo XVII estas dos congregaciones obtuvieron del Papa el título de *Universidad Pontificia* para sus colegios. Estos establecimientos podían conferir el grado de Doctor en Ciencias Sagradas y Teología.

El más conocido y el que ejerció mayor influencia en la colonia fué el de los Jesuítas, llamado Convictorio de San Francisco Javier. Los ramos que en él se enseñaban eran: Latín, Filosofía y Teología. No era pues una universidad en el concepto moderno de la palabra, sino más bien una especie de convento, en que, según declaraciones de su propio Rector, se enseñaba a los jóvenes con tal recogimiento, como si fueran religiosos.

A fines del siglo XVI se habían fundado ya los Seminarios de Santiago i de Imperial. Como se ve, no había sino colegios religiosos, y los que no querían seguir la carrera del sacerdocio no tenían donde educarse. Los padres acomodados que deseaban dar a sus hijos alguna profesión, no tenían más recurso que enviarlos a Lima, y como este viaje era tan costoso y hasta inseguro, eran pocos los que lo emprendían.

Este estado de cosas se prolongó hasta mediados del siglo XVIII. El 11 de Marzo de 1747 se inauguró la primera Universidad del Estado, con el nombre de Universidad de San Felipe, bajo el gobierno del Capitán Jeneral Ortiz de Rosas.

Su primer rector fué el abogado don Tomás de Azúa, que había trabajado con gran empeño para conseguir del monarca la fundación de dicha universidad.

Por falta de recursos las clases sólo se abrieron en 1756. Los cursos que tuvo fueron: Latín, Filosofía, Derecho Romano, Teología, Derecho Canónico, Matemáticas y Medicina.

Las clases de Matemáticas no empezaron hasta 1758, porque no había en el país una persona competente.

SEGUNDO PERIODO.

Poco antes de estallar la revolución de la Independencia, hubo en Chile algunos escritores que pueden considerarse como los precursores de este gran movimiento político, porque directa o indirectamente prepararon con sus escritos los ánimos para la independencia.

Merecen especial mención, don Juan Martínez de Rozas, y don José Antonio de Rojas, que alcanzaron a actuar también en el período de la Revolución.

Al primero se le atribuye el *Catecismo Político Cristiano*, que es una pequeña obra escrita valientemente y que dió a los chilenos el concepto claro de sus derechos, con gran escándalo de los realistas.

El segundo fué un propagandista de las ideas revolucionarias francesas que con grande entusiasmo dió a conocer en Chile. En medio de las preocupaciones de la guerra de la Independencia, el gobierno patriota no olvidó el desarrollo intelectual del país: en 1813 fundó el Instituto Nacional, reuniendo en él los tres colegios particulares de entonces y el Seminario; creó la Biblioteca, tomando como base la de la Universidad de San Felipe. Estableció igualmente la primera imprenta nacional, comprando a un norteamericano las maquinarias que le acababan de llegar y nombró director de ella a Camilo Henríquez, quien fundó la Aurora, nuestro primer periódico nacional. En éste colaboraron los primeros escritores republicanos, entre los que sobresalieron Camilo Henríquez, Manuel de Salas, Juan Egaña y Manuel José Gandarillas, llamados los primeros escritores nacionales.

Figuraron también en este período, el poeta argentino Bernardo de Vera y Pintado, el poeta guatemalteco don Antonio José de Irisarri, don José Miguel Infante, redactor de *El Valdiviano Federal*, y a fines del primer tercio del siglo XIX, la poetisa doña Mercedes Marín del Solar.

Llegaron al país los reputados extranjeros don José Joaquín de Mora y don Andrés Bello. El primero funda su *Liceo Chile* en 1828, en el que implanta grandes reformas en la enseñanza, que la rutina de esa época mira con desagrado y hasta con temor. El segundo dirige el *Colegio de Santiago* primeramente, después en la prensa, en la enseñanza privada y pública, y en las sociedades literarias se constituye en el conductor intelectual de la juventud de Chile.

Empezó entonces a desarrollarse también el perio-

dismo. Después de La Aurora, redactó Camilo Henriquez El Monitor Araucano.

Aparecieron luego las primeras publicaciones constantes, como *El Mercurio* de Valparaíso, fundado en 1827, *El Araucano*, fundado por Bello y Gandarillas en 1830, y un buen número de periódicos de ocasión.

LA POESIA EN EL 2.º PERIODO

Con la independencia nació, puede decirse, la poesía nacional. Los poetas no se limitaron ya a las imitaciones españolas, sino que se animaron a escribir algunos trozos originales, con cierta valentía de expresión. Aunque atropellaban la gramática y la técnica clásica, demostraban ya los autores alguna independencia de criterio.

Esta poesía tuvo además cierto carácter patriótico, porque los autores guardaban todavía muy frescos los recuerdos de la memorable lucha que acababa de pasar. Hubo pocos poetas; la época no era propicia para este arte, pues, como dice el señor Valderrama, el país necesitaba más de hombres de acción y de políticos que de escritores y artistas.

De entre los poetas de este período, mencionaremos sólo a Camilo Henríquez y a doña Mercedes Marín del Solar, y daremos algunas noticias sobre don Joaquín de Mora.

Camilo Henríquez. Nació en Santiago en 1769. A los quince años fué enviado a Lima, y profesó en el con-

vento de San Camilo de Lelis. llamado vulgarmente «De la buena muerte». Se distinguió desde luego por su afición a las ciencias, y en especial a la Filosofía y a la Ciencia Política, que estudió en los libros franceses.

Volvió a Chile en 1811. Fué el principal sostenedor de las ideas revolucionarias, y fundador de *La Aurora*, nuestro primer periódico independiente. Después de la derrota de Rancagua emigró a la Argentina, donde se recibió de médico. A su regreso fundó *El Mercurio de Chile*, y fué diputado.

Murió en 1825.

Además de sus escritos en prosa, es autor de varias poesías patrióticas, escasas de mérito literario y de inspiración, pero llenas de patriotismo; y de un drama titulado *Camila*, que no se representó y que fué publicado en Buenos Aires.

Don Miguel L. Amunátegui tiene un estudio completo de la vida i obras de este gran ciudadano.

Himno patriótico

En día tan glorioso coronad de laureles eternos y triunfales de la patria las sienes: dadle perpetuo honor.

I

Hoy sale de las sombras y del sueño profundo y se presenta al mundo rodeada de esplendor Sacudió el yugo indigno, que sufrió por costumbre: la dura servidumbre en Chile feneció.

II

Detestan las cadenas los hombres animosos, ni pechos generosos sufren tal condición. Aspiran al renombre los ánimos marciales hazañas inmortales anhela el corazón.

III

La libertad augusta hoy desciende del cielo, de los hombres consuelo, fomento del valor. ¡Cuán varonil se muestra, cuán robusta y gloriosa enarbola gozosa el patrio pabellón!

IV

Resplandece en su rostro ardor republicano,

y en su cándida mano divisa tricolor. Respira independencia, denuedo y heroísmo, inspira patriotismo y disipa el temor.

A los mártires de la libertad de Venezuela

Víctimas del furor de los tiranos y del error que adora sus cadenas, almas ilustres, gloria de la patria, vuestra fama y virtud serán eternas

Las grandes causas tienen contratiempos, la fortuna es ya próspera, ya adversa; pero el ánimo grande no se rinde ni se humilla a los monstruos que detesta.

El sabe que tendrá sus vengadores, que la patria no muere y que lo observa, y deja a los futuros sus agravios y sus resentimientos en herencia.

Sus ejemplos de esfuerzo y de constancia, sus descuidos tal vez y su imprudencia servirán a los pueblos venideros para estímulo y para la cautela.

Sucesores tendrán en las virtudes, en el ardor heroico y las proezas y la memoria de sus grandes nombres inspirará a los héroes más firmeza.

¿Qué tienen que esperar de sus verdugos crueles, aunque impotentes y en miseria, y que alimentan odios inmorales y por ley solo tienen a la fuerza?

Mas ya sin fuerza están: aun han perdido el nombre de nación; en su soberbia tiemblan despavoridos, y su frente toca al polvo en nuestra misma América.

Rinden las armas; y al pie del árbol sacro de nuestra libertad piden clemencia; y pues hacen tratados reconocen la majestad del pueblo y su potencia.

Entre tanto ceñida de laureles, sacando de la sombra la cabeza, va la gran patria a donde los destinos inmutables la llaman y la elevan.

Sobre sendas de gloria marcha augusta llena de majestad y fortaleza, hollando monstruos, planes y delirios del colonial y bárbaro sistema.

En su gozo triunfal no olvidando la suerte de la infausta Venezuela, esta fúnebre pompa le consagra y el poder araucano la decreta. El pabellón sombrío de la muerte se eleva allí donde, en otro tiempo, el de la libertad tremoló augusto para la dicha y gloria de los pueblos.

Sucede melancólica tristeza, el pavor, sobresalto y desconsuelo a aquellos dulces días de esperanza, de sucesivos engrandecimientos.

Corren ríos de sangre americana, cúbrese de cadáveres el suelo y el carro del terror difunde el luto y el de la servidumbre, el desaliento.

Ya no florecerán, cual se esperaba, las ciencias, y las artes, y talentos: donde hay esclavitud son infructuosas las blandas influencias de los cielos.

Don José Joaquín de Mora: Nació en Cádiz en 1783. En 1808 fué hecho prisionero por los franceses y llevado a Francia. A su vuelta fué desterrado de España y se estableció en Londres, donde se dedicó al periodismo. Vino después a América y en 1828 se trasladó de Buenos Aires a Chile.

Redactó la Constitución liberal de ese año y fundó el Liceo Chile, en el que, como hemos dicho; proyectó grandes reformas.

Por sus ideas liberales se vió obligado a salir del país y se refugió en Bolivia, de donde escribió una carta llena de insultos y de quejas contra los chilenos, y en la cual inserta el famoso soneto Chile.

Después se trasladó a Inglaterra como Cónsul de la Confederación Perú-Boliviana. Murió en Londres en 1863.

Sus obras mejores son unas leyendas españolas. Cultivó especialmente la poesía satírica.

Doña Mercedes Marín del Solar. Nació en Santiago en 1804 y murió en 1866. Era hija de don Gaspar Marín, secretario de la primera Junta de Gobierno. Según los críticos, es la figura poética más notable en este período. Su Canto fúnebre a la muerte de Portales la hizo célebre en el país. Tiene también varias poesías patrióticas y numerosas composiciones cortas de carácter íntimo, en que revela su alma delicada de mujer. En las poesías patrióticas carece de inspiración y vuelo; sigue muy de cerca a los poetas clásicos, como Gallego y Quintana; aun en el Canto a Portales, que fué tan celebrado, se nota frialdad y amaneramiento: no hay en él ningún rasgo sobresaliente de alto lirismo.

Sus poesías se publicaron en un volumen en 1874, recopiladas por su hijo, el poeta don Enrique del Solar. La señora Marín del Solar, aun cuando no hizo estudios especiales, poseía una cultura poco común para aquella época, adquirida en la lectura de los autores extranjeros, principalmente franceses e italianos.

Canto fúnebre a la muerte de D. Diego Portales

Despierta, musa mía, del profundo letargo en que abismada yaces por el dolor. Musa de duelo. modera tu quebranto, inspiración benigna pide al cielo y desde esta mansión de luto y llanto, anuncia con acento lamentable una desgracia inmensa irreparable, un crimen sin segundo, ingratitud nefanda que escándalo y horror será del mundo. Mas ¿cuál sonido penetrante escucho que atormenta el oído y que resuena en lo íntimo del alma? La campana es ésta de la muerte y ella hermana sus destemplados lúgubres sonidos con un coro de llantos y gemidos.

Justicia eterna ¿cómo así permites que triunfe la maldad? ¿Así nos privas del tesoro precioso en que libró su dicha y su reposo la patria y así tornas ilusoria la esperanza halagüeña que un porvenir a Chile prometía de poderío de grandeza y gloria? ¿Dónde está el genio que antes diera vida a nuestra patria amada? ¡Oh! caro nombre que en vano intenta pronunciar el labio

mudo por la aflicción! Tu infeliz suerte, tu prematura, dolorosa muerte no acierto a describir. Ilustre sombra, perdona mi extravío en este canto ahogado tantas veces por el llanto.

¿Qué se hicieron los días venturosos del esplendor chileno? El Pacífico en vano su ancho seno franquea a nuestras naves: Los pendones que victoria anunciaban y tantos nobles pechos inflamaban y terror infundieron al tirano en su asiento lejano ya en sangre y polvo envueltos se ven y de vergüenza joh! Dios cubiertos. Enrojecido el suelo está de sangre fraternal. Despojos de víctimas humanas se ven doquier, y cual torrente fiero de destrucción, la muerte se ha lanzado: la obra de iniquidad se ha consumado!

Si, desencadenada, saliera del averno horrenda furia, oculta con cautela la sangrienta cuchilla a las traiciones avezada, la torpe faz velada con apariencias dulces y engañosas, cual sierpe que se oculta entre las rosas, ella se arrastra y hasta el alto solio penetra del poder: allí combina

el plan de maldición. Su envenenado soplo respira sobre mil incautos corazones que ilusos extraviados, de incomprensible error siguen su huella. Los días numerados tienen ya de la víctima inocente: y o hay rasgo alevoso que del crimen odioso la magnitud enorme no acreciente.

¿Cómo joh! Dios el prestigio poderoso de la víctima ilustre el crudo golpe no vedó al asesino, como al cimbrio la faz aterradora del romano? La sacrilega mano quedar debiera al punto yerta y fría, al suelo descendiendo el hierro insano: pero no vió la luz del claro día esta escena de horror; tiniebla oscura sirvió de velo al crimen espantoso: nada en torno se veía: en el silencio que, al modo de la calma precursora de hórrida tempestad allí reinaba con imperio terrible y pavoroso. solo un jay! doloroso el eco de la selva repetía y entre débiles auras se perdía.

EL TEATRO EN EL SEGUNDO PERIODO (1)

Nada dijimos de las composiciones dramáticas de la Colonia, porque sólo se representaron en ese tiempo, diálogos, farsas, autos sacramentales y misterios escritos en España y traídos a Chile para celebrar algunas fiestas civiles y religiosas.

A mediados del siglo XVII empezaron a darse en Chile algunas comedias españolas sobre asuntos chilenos y con personajes nacionales, principalmente araucanos. Entre ellas mencionaremos El Arauco Domado, de Lope de Vega, Los Españoles en Chile, de don Francisco González Bustos, y Las Hazañas de Don García, comedia escrita por nueve poetas españoles, entre los cuales figura Juan Ruiz de Alarcón. Se cree que la primera obra teatral escrita en Chile fué El Hércules Chileno o Caupolicán, de autor desconocido, representada en Concepción en 1693 para celebrar la llegada de la novia del gobernador Marín de Poveda.

El señor Medina habla también en su Literatura Colonial de un sainete sin nombre que según algunos fué la primera obra chilena representada en la Colonia. Este sainete es conocido con el nombre del preceptor que figura en ella llamado Tremendo.

Cuando se proclamó la Independencia, el Director O'Higgins encargó a su Edecán don Domingo Arteaga que estableciera un teatro para que se dieran representaciones periódicas. El primer teatro provisional se estableció en 1818 en la calle de las Ramadas, hoy Esmeralda. En 1820 se inauguró un nuevo teatro

⁽¹⁾ N. P. Munizaga. Prólogo al Teatro Dramático Nacional. 1912.

para reemplazar al anterior, que había quedado estrecho, y en el local en que está ahora la Municipalidad se levantó otro teatro que se llamó de la Nación. Pero se daban entonces solamente piezas españolas, y extranjeras traducidas. La primera obra dramática chilena que se representó en el segundo período fué un drama escrito por don Manuel Magallanes, representado en 1823, llamado La Hija del Sur o La Independencia de Chile. Otra obra llamada La Chilena, del mismo autor se representó en 1827.

Don Andrés Bello, don José Joaquín de Mora y otros, trabajaron por impulsar el teatro, sin conseguir grandes resultados; ellos mismos tradujeron obras extranjeras, y en especial, de Alejandro Dumas (Padre) y Víctor Hugo.

El verdadero movimiento teatral chileno comenzó en 1842.

TERCER PERIODO

El año 1842 es una fecha importante en el desarrollo de la literatura chilena. Con él empieza un movimiento literario cuyas bases han sido discutidas.

Lo que hay de verdad en los antecedentes de este Renacimiento literario chileno es que se preparaba desde antes. Fué, podemos decir, el resultado de las enseñanzas de Mora y de Bello. Sólo faltaba la causa inmediata que iba a despertar a los escritores de Chile, y a inducirlos a dar muestras de lo que eran capaces de escribir. Esta causa fué la llegada de los emigrados argentinos Sarmiento, López, Alberdi y otros, que venían huyendo de la tiranía de Rozas. Promovieron en la Prensa una polémica literaria que poco a poco fué agriándose.

En ella, Sarmiento sostuvo, entre otras cosas, que en Chile no había poesía, por la falta de ideas de sus hombres y por la mala tendencia de sus estudios. Según Sarmiento, no podían los chilenos ser literatos de verdad, por el demasiado apego que tenían a las formas de un idioma rancio, exhumado de entre los escombros de un despotismo político y religioso.

A la cabeza del movimiento de protesta que se produjo se colocó, con toda la energía de su gran carácter y con la fuerza de su talento batallador, don José Victorino Lastarria.

Unas de las primeras manifestaciones de esta actividad fueron las sesiones de la Sociedad Literaria, fundada por Lastarria, cuyo discurso inaugural, pronunciado el 3 de Mayo de 1842, había sido ya un verdadero programa de regeneración literaria y había dado pie a Sarmiento para sus violentos ataques a los escritores chilenos e hirientes alusiones a don Andrés Bello que recomendaba entonces ante todo el aprendizaje de la gramática.

Lastarria contribuyó en seguida a la fundación del Semanario Literario, cuyo primer número salió el 14 de Julio del mismo año con un hermoso artículo de fondo de don Antonio García Reyes. En él colaboraron los numerosos escritores jóvenes, que en los distintos jéneros literarios demostraron prácticamente a Sarmiento la falsedad de sus afirmaciones.

Después fundó El Crepúsculo, periódico semanal

en el cual se publicó el famoso trabajo sobre la *Sociabilidad Chilena*, de Bilbao, y finalmente, abrió el primer certamen literario chileno, en 1843.

Este concurso, en el que se disputaron los premios en la prosa y en el verso los más talentosos jóvenes de ese tiempo, tuvo una considerable influencia en el desarrollo de la poesía chilena. Los poetas premiados fueron cuatro jóvenes, casi niños: Santiago Lindsay, Ramón Ovalle, Francisco Bilbao y Javier Rengifo, ninguno de los cuales pasaba de veinte años. Los premios se repartieron en una sesión solemne el 17 de Septiembre del mismo año.

Otro hecho que influyó grandemente en nuestro desarrollo intelectual fué la creación de la *Universidad de Chile*, cuya inauguración oficial se efectuó el 17 de Septiembre de 1843, con un notabilísimo discurso de su primer Rector don Andrés Bello, quien encargó a Lastarria la primera de las memorias históricas que debían presentarse a la corporación.

Vamos a estudiar separadamente, en la poesía, en el teatro, en la novela y en la historia, los efectos de este movimiento literario.

POETAS

Salvador Sanfuentes. Nació en Santiago en 1817. Se educó en el Instituto Nacional. Después de haber sido secretario de nuestra legación en el Perú, en 1837 fué nombrado Sub-secretario del Ministerio de Instrucción, puesto que en aquel tiempo tenía el nombre de Oficial

Mayor, y en 1843, al fundarse la Universidad, fué elegido secretario general de la corporación. Después fué Intendente de Valdivia, Ministro de Instrucción Pública en dos ocasiones, Decano de la Facultad de Humanidades, diputado y Ministro de la Corte de Apelaciones.

Murió en 1860.

Es el primer poeta chileno que imprime a nuestra poesía un carácter nacional, escribiendo poemas históricos y leyendas sobre temas chilenos, y describiendo pintorescamente la vida y las costumbres de algunas épocas de nuestra historia. Sus obras adolecen de algunos defectos, principalmente, de falta de inspiración; algunas de ellas son solamente cuentos escritos en versos medianos. Hay, sin embargo, en ellas, grandes cualidades que justifican la fama de este autor. Tiene en sus poemas retratos acabados de personajes de las épocas a que se refiere, hermosas y animadas descripciones de paisajes y de escenas de las regiones australes de Chile que él conoció. En casi todos estos poemas predomina la nota trágica.

Aunque ahora sus poesías son poco leídas, la figura de este poeta es acreedora al respeto de los jóvenes, por haber sido, como hemos dicho, el que escribió nuestras primeras obras poéticas nacionales, desentendiéndose de las imitaciones extranjeras, y demostrando brillantemente a los impugnadores argentinos que en Chile había poesía y poetas.

Sus poemas principales son: El Campanario, La Laguna de Rauco o Inami, tradición indígena, El Bandido, leyenda nacional cuya escena pasa en una de las pro-

vincias del Sur, Ricardo y Lucía o La Destrucción de la Imperial.

El Campanario, que es considerado como la obra maestra de Sanfuentes, es un poema dividido en tres cantos.

Su asunto es un episodio amoroso de la vida colonial en el cual triunfan los prejuicios sociales y el mal carácter de un padre rutinario y cruel sobre el amor inocente y puro de dos corazones románticos profundamente desgraciados.

Después de haber sido sorprendidos los amantes en la fuga, el marqués, padre de la niña, hace asesinar al raptor, y la hija entra a un convento en el cual, llena de desesperación, se suicida ahorcándose en el campanario

Escribió también una memoria histórica titulada Chile desde la Batalla de Chacabuco hasta la de Maipo, y dos dramas que no se representaron: Juana de Nápoles y Cora o la Virgen del Sol, imitado de Los Incas, de Marmontel, escritor francés del siglo XVIII.

Fragmento de «El Campanario»

Cuando el siglo diez y ocho promediaba cierto marqués vivía en nuestro suelo, que las ideas y usos conservaba que le legó su castellano abuelo: quiero decir que la mitad pasaba de su vida pensando en irse al cielo; viejo devoto y de costumbres puras, aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas godas, que él hubiera mirado cual delito el que se hablase de francesas modas, o a París se alabase de bonito. Sobre la filiación de casi todas las familias de Chile era perito, y de cualquier conquistador la historia recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto, aducía argumentos con destreza para hacer verosímil su concepto de derivar de reyes su nobleza.

Nosotros hoy llamáramos inepto al hombre que albergase en su cabeza de loca vanidad tales vestiglos; mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podría este marqués sin mengua alarde hacer de pretensión tan loca, porque él era muy rico. Y ¿a qué lengua no hace callar tan fuerte tapaboca? En vano contra el oro se deslengua un moralista y su valor apoca: lo que yo siempre he visto desde chico es que hace impune cuanto quiera el rico.

En el año una vez sus posesiones visitaba el marqués por el verano, ejerciendo en sus siervos y peones la amplia jurisdicción de un soberano; y luego a los primeros nubarrones que ya anunciaban el invierno cano, exento de molestias y pesares, tornaba con gran pompa a sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario en que sonaban cajas y cohetes, ora una procesión con lujo vario de arcos triunfales, música y pebetes, de admiración llenaba al vecindario, y daba a las beatas y vejetes para conversación fecundo tema en que ensalzaban su piedad extrema.

Como ningún quehacer le daba prisa, dormía hasta las ocho este magnate: en su oratorio le decían misa, y tomaba después su chocolate. La comida a las doce era precisa, y la siesta después, y luego el mate, y tras esto, por vía de recreo, iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo llama a Escuela de Cristo el campanario, el marqués y los suyos dan ejemplo de inefable asistencia al vecindario. Si no hay distribución, ya le contemplo rezar con la familia su rosario. y luego ir a palacio diligente para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide sin propasarse un punto de esta hora y vuelto a su mansión la cena pide porque ya el apetito le devora. Con su cuerpo en seguida un lecho mide donde cabrían bien sus cuatro ahora; y viniéndole el sueño dulce y blando, a las once el marqués se halla roncando.

Hermógenes de Irisarri. Nació en 1819. Era hijo del poeta guatemalteco don Antonio José Irrisarri. Fué diputado y Encargado de Negocios de la patria de su padre en Chile. Estuvo en el Perú, donde redactó El Heraldo de Lima. Fué un poeta poco fecundo. Tuvo fama de perezoso. Sus obras son: odas, sonetos y anacreónticas; gran parte de ellas fueron escritas en álbumes de las damas chilenas y publicadas en los periódicos El Semanario y El Crepúsculo. Era un observador de los preceptos clásicos y excesivamente cuidadoso del estilo. Se dice que corregía pacientemente sus manuscritos. Hizo también numerosas traducciones e imitaciones de poetas extranjeros, principalmente franceses e italianos. En sus poesías originales son mencionados con elogio por los críticos algunos de sus sonetos y sus cantos patrióticos, Al Sol de Septiembre y A San Martin.

Su oda Al sol de Septiembre no es una poesía de alta inspiración; se nota en ella cierta frialdad académica y está escrita en estrofas de rimas asonantes que hacen perder la sonoridad a los versos de esta clase de composiciones.

Fué también crítico: Escribió unas cartas sobre el teatro moderno, que se hacen notar por la severidad de sus juicios, y es autor de una vida del General Mackenna.

Murió en 1886.

Anacreóntica

Mucho hay, niña, de falso mucho la vista engaña: Jamás en apariencias te aduermas confiada. Si ves sobre mis sienes mi cabellera cana. no pienses que se ha helado como mi frente, el alma. Tal en los altos Andes se extiende un mar de plata, que el hielo de la cima prolonga hasta la falda; Pero arde allá en el centro un mar de fuego y lava: retiembla el monte, se abre paso la ardiente entraña, y luz esplendorosa hasta los cielos lanza. Yo así para cantarte tengo de fuego el alma.

Eusebio Lillo Nació en 1826. Estudió leyes pero no terminó su carrera. Se afilió muy joven a la sociedad de La Igualdad, junto con Bilbao, y tomó parte en la revolución del 20 de Abril de 1851, defendiendo las ideas liberales. Después de la derrota de los revolucionarios, fué condenado a muerte, pero le conmutaron esta pena por el destierro y fué a establecerse al Perú, de donde pasó después a Bolivia. Durante su permanencia en este último país, hizo su fortuna trabajando en empresas mineras y fundó el Banco de la Paz, que él mismo dirigió.

Durante la guerra contra el Perú y Bolivia desempeñó importantes comisiones, y fué Secretario General de la Armada.

Después de haber permanecido alejado de la vida pública, fué llamado por el Presidente Balmaceda para organizar su primer gabinete. Al caer este ministerio, volvió el poeta a su retiro.

El Presidente Balmaceda, lo nombró el Depositario de su testamento político.

Murió en 1910. Su muerte fué un verdadero duelo nacional.

Perteneció al grupo de los jóvenes entusiastas que se plegaron al movimiento literario encabezado por Las tarria. En 1844 publicó una poesía a la memoria de don José Miguel Infante, que lo hizo conocido y apreciado.

Eusebio Lillo es el poeta romántico por excelencia. Sus versos fáciles, armoniosos y correctos encantaron a sus contemporáneos. Sus composiciones fueron en su mayor parte subjetivas y de carácter erótico, pero tuvo también muchas en que canta tiernamente a las

flores, a las aves y a los ríos de nuestro suelo; ha sido llamado por esto «El poeta de las aves y las flores».

Pulsó también airosamente la lira patriótica, pero no tuvo en sus cantos el vigor y la inspiración de Matta. Lillo no pierde ni en sus cantos patrióticos la serenidad y gracia de su estilo. Su mejor obra de esta clase es el canto a 1810.

Siendo aún muy joven, en 1847 fué encargado por el Presidente Bulnes de componer una nueva Canción Nacional que reemplazara la de Vera, que ya no se ajustaba a las nuevas relaciones entabladas con España.

El poeta cumplió brillantemente su comisón, escribiendo nuestro hermoso himno nacional que por la armonía y dulzura de los versos, la belleza de las imagenes y la serenidad del tono es un modelo acabado entre las obras de este género.

Las poesías de Eusebio Lillo no han sido coleccionadas todavía; vagan dispersas en diarios i revistas.

Deseos

Si yo fuera la brisa pasajera, aliento perfumado de las flores, enredado en tu suelta cabellera murmurara a tu oído mis amores.

Quisiera ser alguna flor nacida entre las flores del jardín ameno, verme por ti del tallo desprendida y marchitarme sobre tu albo seno. Si fuera un astro de la noche umbría de blanca luz, de límpidos destellos, amoroso mi luz reflejaría en ese blanco de tus ojos bellos.

Si fuera un pensamiento audaz, profundo que conmoviera al orbe en un instante, desdeñaría de ocupar el mundo por ocupar tu corazón amante.

Quisiera ser un verso delicado de melodiosa y fácil armonía, sentirme en tu memoria conservado y pasar por tus labios, alma mía.

Quisiera ser la fuente cristalina para halagarte con murmullo leve, reflejar tu hermosura peregrina y besar con amor tu planta breve.

Si ave fuera de mágicos encantos, siempre girando amante en tu presencia, te ofrecería en armoniosos cantos mi libertad mi amor y mi existencia.

Si fuera un Dios, dichoso te entregara mi poder mi existencia y mi albedrío, y la morada celestial trocafa por un ins**ta**nte de tu amor, bien mío.

Mas, ¡ay de mí! que en mi amoroso empeño cuando ardoroso el corazón delira,

solo puede ofrecerte, dulce dueño, mi tierno amor y mi modesta lira.

1810

¡Mil ochocientos diez! ¡año de gloria! levántate del fondo del pasado, y ven hoy que te evoca la memoria de sangrientos laureles coronado.

En tu tiempo mostráronse valientes mil héroes de este suelo americano, gritando libres al alzar las frentes: ¡No haya de hoy más ni esclavos ni tirano!

Mil ochocientos diez! tú viste entonce, hombres en un propósito constantes, a la lucha llevar cuerpos de bronce, de corazón y espíritu gigantes.

Ni al seductor halago ni a la muerte esas almas enérgicas cedían; en la feliz y en la contraria suerte solo ser libres o morir querían.

Con su sangre regaron esta tierra por el triunfo de un noble pensamiento; ¡sin armas se lanzaron a la guerra; pero llenos de fe, llenos de aliento! Ellos dieron la vida y la fortuna a la Iucha gloriosa que emprendieron; en el campo de honor y en la tribuna, la libertad de Chile sostuvieron.

Ellos un triunfo espléndido alcanzaron en las batallas esponiendo el pecho... ¿I de esa libertad qué nos legaron; los que después llegamos ¿qué hemos hecho?

Indolentes! nos hemos conformado con vivir sin señores y sin reyes; pero hemos ¡miserables! conservado los códigos sangrientos de sus leyes.

Nuestros padres negaron vasallaje y combatieron a un tirano injusto, y hoy a nosotros ¡hombres sin coraje! cualquier vil tiranuelo nos da susto.

De ese antiguo vigor nada tenemos, débil el cuerpo, el corazón mezquino, ni amar con fe, ni combatir sabemos, y del honor perdemos el camino.

¡Sombras de nuestros padres venerados! Bien estáis en la tumba que os encierra! ¡Débiles vuestros hijos y menguados, turban la paz y temen a la guerra! Juguetes de mezquinos intereses doblan a sus pasiones la rodilla, y así pasan los días y los meses en fútil lucha y en tenaz rencilla.

No hierve vuestra sangre en nuestras venas, y bien pueden alzarse los tiranos; pues tal vez ya no habrán almas serenas, dispuestas a sufrir por sus hermanos.

Y puede ser que ese pendón sagrado que con el aire de Septiembre ondea, no llegue a ser como antes saludado, con los gritos del triunfo en la pelea.

¡Mil ochocientos diez! de alta memoria! ¡Vete a hundir en los tiempo más lejanos; porque nos avergüenza tanta gloria mirándonos tan débiles y enanos!!

Guillermo Matta: Nació en Copiapó en 1829. Por haberse mezclado en la revolución de 1859 salió desterrado para Europa, donde estuvo dos años. A su vuelta fué periodista, después diputado, miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades y finalmente Ministro Plenipotenciario de Chile en Alemania y en Argentina. En sus últimos años fué Intendente de Concepción y Senador de la República. Murió en 1899.

En su juventud fué romántico, y deja ver en sus primeras composiciones la influencia de Espronceda, Zorrilla, Byron y Víctor Hugo. En sus odas filosóficas i patrióticas sigue de cerca a Quintana, a quien se parece en la elocuencia de su verba lírica.

Más tarde imitó a los poetas alemanes, que estudió en su propio idioma, de modo que en los últimos tiempos Goethe, Heine y otros bardos germánicos fueron sus predilectos.

Matta no fué sólo un poeta, sino un verdadero apóstol de las ideas avanzadas que propagaba en sus valientes composiciones de índole filosófica o social.

Cuando se estrenó en 1853 con sus leyendas Un cuento endemoniado y La mujer misteriosa, que no tenían grandes méritos literarios, se produjo en torno de él una tempestad de protestas y discusiones. Desde entonces atacó con sinceridad y vigor los prejuicios sociales, la superstición y el fanatismo religioso.

Se ha dicho que Matta sólo pulsó en el arpa lírica, las cuerdas patrióticas y docentes, pero esto es un error porque escribió composiciones amorosas, delicadas y poesías cortas e ingeniosas o filosóficas, semejantes a las *Doloras* de Campoamor. Ejemplos:

Poema

El amor, alma mía, es un poema ya triste, ya sombrío, ya travieso, distinto en forma pero igual en tema y es su estrofa más bella el primer beso.

Definición

El poeta es una flor que crece en la soledad, que se arraiga en el dolor y se aroma en la verdad.

Incienso

El llanto en la mujer es el incienso que quema en su hermosura; cuando sopla el dolor es humo denso, cuando sopla el amor es nube pura.

Su fecundidad lo ha perjudicado; la abundancia de sus obras contrasta con la sobriedad de Irrisarri y de E. Lillo.

Esta exuberancia no le permitió corregir sus trabajos, y muchos de ellos adolecen de poco estudio del tema, de incorrecciones gramaticales, de versos ásperos y de expresiones altisonantes.

Pero todos estos defectos no amenguan la personalidad de este gran poeta, sus caídas mismas demuestran su valor. Sólo los espíritus vigorosos que se remontan por sobre la vulgaridad de los versificadores se exponen a estos peligros.

Himno de guerra de la América

I

¡América, a las armas!
De nuevo a tus confines trae Europa oprobio y servidumbre.
¡América, a las armas!
Tu espada al sol relumbre, levanta tu pendón republicano; y un solo grito—¡libertad y guerra! atraviese el oceano y estremezca la tierra desde el Estrecho al golfo mejicano,

II

¡A la América libre, señora de los Andes, reina del Amazonas, los déspotas intentan darla farsantes y ceñir coronas! ¿Acaso, todavía no conservan el rastro, esas montañas, de los héroes y hazañas que tumbaron la hispana monarquía? ¿No fué en esas laderas, no fué en aquel abismo, no fué en esas llanuras, do triunfaron las rebeldes banderas; y el noble patriotismo y la noble virtud su premio hallaron?

III

¡América, a las armas!
¡Lanzas corta en tus bosques,
templa en tus ríos el sagrado acero,
sube a tus cumbres y la trompa emboca;
y allí con el guerrero
himno de libertad, la alarma toca!
¡Y que el són se derrame
y despierte al valor y encienda la ira
y el alma grande del poeta inflame,
y en arma de pelear cambie la lira!

IV

¿Qué quieren de nosotros, de la Europa los siervos y tiranos? —¡Al desierto aventar nuestros hogares, usurparnos la patria y hacer de nuestros pueblos, hoy morada de libres ciudadanos, teatro de lacayos y juglares! ¡Y aquí, donde altanera mil ríos como mares desprende esa gigante cordillera, madre del Aconcagua y Orizaba, esplendor de una raza venidera, formar la cuna de una raza esclava!

V

¡América, a las armas!
¡No con vagos clamores,
no con tristes gemidos,
se combaten extraños invasores
y se redimen pueblos oprimidos!
¡Si nuevo oprobio y nueva servidumbre
la vieja Europa trae,
tu espada al sol relumbre,
levanta tu pendón republicano;
y un solo grito—¡libertad y guerra!
atraviese el Oceano
y estremezca la tierra
desde el Estrecho al Golfo Mejicano!
1862.

A España

España es una tierra en que germina hermanado el valor con la nobleza; a través de los siglos su grandeza el horizonte histórico ilumina.

Si la suerte vencerla determina, revístese de heroica fortaleza: señala en cada sitio una proeza, muestra un templo de gloria en cada ruina. España es una tierra de gigantes, que en los agrestes picos del Moncayo aun tremola sus lábaros triunfantes.

Es el pueblo inmortal del Dos de Mayo, que enseña con la pluma de Cervantes y vence con la espada de Pelayo.

Eduardo de la Barra: Nació en Santiago en 1839. Fué alumno del Instituto Nacional. Se recibió de ingeniero y fué profesor de Matemáticas y Literatura en el Instituto Nacional, en la Escuela Militar y en el Liceo de Valparaíso, del cual fué uno de sus rectores más progresistas. Por haber sido partidario de Balmaceda, después del triunfo de la Revolución se vió obligado a salir del país, y fué a residir a la República Argentina, en donde ocupó algunos puestos de importancia en Instrucción Pública. A su vuelta, vivió en Chile, retirado y en la mayor pobreza.

Murió en 1900.

A sus funerales no asistió ninguna representación oficial, pero en cambio fué la juventud de Santiago.

Su labor poética es considerable y abarca casi todos los géneros literarios. En 1866 apareció su primer libro de poesías con el título de *Poesías Líricas*, prologado por don Emilio Bello. En 1889 publicó dos volúmenes: uno de poesías subjetivas y el otro de poesías objetivas. Más tarde la casa Garnier Hnos., de París, hizo una edición de las poesías de don Eduardo con el título de *Rimas Chilenas*.

De la Barra tenía un gran talento imitador y era

eximio en las parodias. Fué también un gran polemista y mantuvo discusiones por la Prensa, en las que aparecía cáustico e hiriente. Es muy conocida su polémica sobre Bilbao, sostenida con don Zorobabel Rodríguez. Es autor de unas colecciones de fábulas, que fueron premiadas en un certamen y de unas composiciones cortas llamadas micropoemas, que son imitaciones de las Doloras de Campoamor.

Don Eduardo de la Barra era un carácter enérgico y batallador; por eso no medró nunca, pero fué siempre vencedor en todos los torneos en que se presentó; aún en los últimos tiempos, cuando era hombre de edad, derrotó a todos los poetas chilenos en el certamen Varela en 1887, al en que concurrió con dos colecciones de poesías Becquerianas. Estos trabajos fueron considerados los mejores y el jurado dividió el premio entre ellos.

De la Barra no fué un poeta romántico como E. Lillo, ni un bardo de tendencias filosóficas, patrióticas y docentes como Matta, ni tampoco uno de aquellos poetas naturales y espontáneos que cantan porque sienten el arte y la belleza; fué más bien un poeta de más cerebro que corazón, que espigó en todos los campos sin perder su carácter propio, un ecléctico cultísimo, un escritor de gran talento y gusto artístico, que hizo gala en sus hermosos versos de un gran conocimiento de la técnica y un absoluto dominio del idioma.

Además de sus trabajos poéticos, son también dignas de recordarse sus obras sobre Filología Castellana, Literatura Arcaica y Métrica. En este último ramo fué un innovador. Es notable su ingeniosa restauración de la

hoja perdida del Poema del Cid, que engañó aún a algunos eruditos.

Los Buitres

Yo escalaba tu cima, gran montaña, las águilas volaban a mi paso, y, cuando más erguido me veía, pisé mal, resbalé, caí rodando.

Cuando supe de mí ya era la tarde; herido me encontré y ensangrentado, y en aquellas inmensas soledades clamé al cielo y a la tierra, y clamé en vano.

Un buitre se cernía allá en la cima, como yo en el abismo, solitario, y hacia mí descendió con lento vuelo, como desciende el mal sobre el postrado.

Tendió su cuello sobre mí, cual pude defendíme del buitre ya ensañado; mas, otro apareció, luego un tercero, y otro más, y otro más fueron llegando.

Las negras alas en legión tendidas, en su ronda infernal me circundaron; vi sus ojos llamear, sentí su aliento y el ansia de sus picos acerados Faltáronme las fuerzas, y los buitres, más fuertes cada vez y más osados, penetraban mis carnes con sus garras y me abrían el pecho a picotazos,

Desfallecido al fin, cerré los ojos; ¡adiós! dije a la vida sollozando, y el corazón desnudo presentéles para concluir más luego, en ti pensando.

¡Oh! ¡qué horrible es morir lleno de vida! ¡Oh! ¡cuán duro es romper los dulces lazos y apagar la esperanza!... ¡Nunca, nunca! ¡Arriba, corazón; muere luchando!

¡Muerte, abandono, olvido!... ¡No, imposible!
¡Nunca, nunca!... grité desesperado,
y el grito formidable de mi angustia
los montes con sus ecos prolongaron.
—¡Qué tienes, amor mío? me dijiste,
y contesté, del sueño despertando:
—¡Ah! !los buitres, los buitres me comían,
y un beso de tu amor los ha espantado!

Rimas

¿Quién es? ¿quién me ha llamado? ¿Quién pronuncia mi nombre en el silencio? ¡Ah! sólo tú, amor mío, sabes llegar así a mi pensamiento! Sólo tú me adivinas
sólo tú has comprendido mis anhelos,
sólo tú me respondes,
sólo tú me acaricias desde lejos.
¡Tú, sólo tú, perfume delicioso,
penetras en mi pecho,
y tu sér a mi sér se aúna y funde
cuando vienes a mí!... ¡Dulce misterio!...

A Walter Burton

y en secreto, a la luz de las estrellas hasta que venga el alba, conversemos.

I

Los ojos llorosos, nublados los cielos, el pecho oprimido, sacamos al muerto Hermanos y amigos vestidos de negro, el carro seguían formando cortejo.

Hermosas coronas, tributos de duelo, y floridas cruces cubrían el féretro. Posó en la capilla por breves momentos, y de allí salimos marchando en silencio.

Abierta la fosa los sepultureros ya nos aguardaban firmes en su puesto. Menuda llovizna lloraban los cielos, y al hoyo profundo bajamos al muerto.

¡Adiós le dijimos! con trémulo acento. Sonó la campana su toque postrero; luego dos paladas de tierra cayeron golpeando la caja con lúgubre estruendo. ¡Adiós pobre amigo se fueron diciendo los del duelo, y tristes desaparecieron. Quedéme mirando el lugar desierto, y exclamé con Becquer, oprimido el pecho:— «¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!»

II

Salí murmurando lo que Becquer dijo; lo que resonaba dentro de mí mismo: lo que de los muertos todos repetimos, cuando los dejamos en su úl mo asilo.

Vuelve el polvo al polvo en constante giro; pero el alma humana cumple sus destinos, y a los cielos se alza con pujantes bríos: lo del cielo al cielo y a la tierra el limo.

«—No al hombre en la tierra, hermanos, sumimos; estos son despojos inertes y fríos; su sér nos escucha desde lo infinito.»

Así al sepultarlo nos dijo el obispo.

El cadáver yerto, soledad, olvido, dolores no siente me dije a mí mismo. Vuelve el polvo al polvo, de antiguo está escrito y el polvo no siente ni penas, ni frío.

Llegué. De la madre vi el dolor sombrío; la hallé inconsolable oí sus gemidos:
—¡Qué sola me quedo!¡Qué sola sin mi hijo!
Me dijo llorando,
y de entonces digo:
«!Qué solos! ¡qué solos!
¡Se quedan los vivos!»

Guillermo Blest Gana: Nació en 1829 en Santiago. Por cuestiones políticas salió desterrado y viajó por Europa y América. A su vuelta fué elegido miembro de la Universidad de Chile en la Facultad de Humanidades, Ministro de Chile en Brasil y Argentina.

En sus últimos años fué Intendente de Linares.

Murió en Santiago en 1905.

En los primeros tiempos fué poeta romántico, imitador de Espronceda, Zorrilla, Musset y sobre todo de Lamartine.

En la segunda época de su vida, perdió esa tristeza llorona que casi degeneraba en un sistema, y que ahora nos parece afectada y poco varonil. Las últimas poesías de Blest Gana son de un verdadero poeta, hondo i sincero. Su soneto *A la muerte* es uno de los mejores escritos en América.

Es autor de dos dramas: Lorenzo García y La Conjuración de Almagro. Publicó en 1884 una colección de poesías titulada Armonías. Sus obras poéticas se han coleccionado después de su muerte.

Mirada retrospectiva

Al llegar a la página postrera de la tragi-comedia de mi vida, vuelvo la vista al punto de partida con el dolor de quien ya nada espera.

¡Cuánta noble ambición que fué quimera! ¡Cuánta bella ilusión desvanecida! ¡Sembrada está la senda recorrida con las flores de aquella primavera!

Pero en esta hora lúgubre, sombría, de severa verdad y desencanto, de supremo dolor y de agonía,

Es mi mayor pesar, en mi quebranto, no haber amado más, yo, que creía, yo que pensaba haber amado tanto!

A la muerte

Seres queridos, te miré sañuda arrebatarme, y te juzgué implacable como la desventura, inexorable como el dolor y cruel como la duda.

Mas hoy que a mí te acercas, fría, muda. sin odio y sin amor, ni hosca ni afable, en ti la majestad de lo insondable y lo eterno mi espíritu saluda.

Y yo, sin la impaciencia del suicida, ni el pavor del feliz, ni el miedo inerte del criminal, aguardo tu venida;

Que igual a la de todos es mi suerte: cuando nada se espera de la vida, algo debe esperarse de la muerte. José Antonio Soffia: Nació en 1843 en Valparaíso. Fué empleado de la Biblioteca Nacional en 1864, Intendente de Aconcagua en 1870, Sub-secretario del Ministerio del Interior en 1874, diputado, y por último Ministro de Chile en Colombia, en donde murió en 1886.

Sus obras se han publicado en tres colecciones: Poesías Líricas, Poemas y Poesías y Hojas de Otoño.

Soffia es un poeta inspirado; sus versos están llenos de delicadeza, y de ternura; las *Cartas de mi madre* han hecho derramar lágrimas a la juventud estudiosa.

Su poema *Michimalonco* fué premiado en un certamen de la Universidad de Chile; el poema *Las dos hermanas* se hizo popular en Colombia, y aquí, a algunos de sus trozos se les ha puesto música y se cantan.

Era un magnifico improvisador, sobre todo en la cuerda satírica, que manejaba con gracia. Fué muy celebrado el soneto en que satirizó al periodista argentino don Santiago Estrada.

Se cuenta que en Bogotá, cuando se incorporó a las tertulias literarias llamadas *Mosaicos*, que exigían una improvisación para entrar en ellas, dejó a todos asombrados, haciendo tres sonetos con los consonantes que se le dieron para uno, y dentro del tiempo reglamentario.

Cuando estuvo en el Ministerio del Interior, escribió en verso muchas de las providencias recaídas en algunos expedientes mandados de provincias, con gran desesperación de los solicitantes.

Don José Victorino Lastarria leyó un estudio completo de la vida y obras de este poeta, en una sesión de la Facultad de Humanidades.

Las dos hermanas

En una tarde limpia y serena como del trópico casi ideal a las orillas del Magdalena grato respiro bajé a buscar.

Las auras tibias de la montaña mecían lentas el platanal, y no distante vi una cabaña cual nido oculto bajo el palmar.

En el sendero, junto a un bohío, dos aldeanas hallé al pasar, una penosa, miraba al río, la otra bordaba con triste afán. Aquélla, al verme, se alejó esquiva, ésta, al contrario, con dulce faz, corta en palabras pero expresiva me acogió afable con su mirar.

-¿Sois dos hermanas?... La dije incierto.
-Sí, dos hermanas somos no más.
¿Y vuestro padre?—Mi padre ha muerto mi madre anciana y enferma está.

Siguió un silencio de causar frío, miré a la niña, la vi llorar... su hermana inmóvil miraba al río y ya venía la obscuridad. ئ

Era la solemne hora de los recuerdos...'Muy lejos del vivo sol los reflejos morían en confusión, y la estrella brilladora del crepúsculo en la altura con su luz brillante y pura convidaba a la oración.

¡Bello es el río! El paisaje muestra el lujo de grandeza con que la naturaleza colma el suelo tropical: selvas de inmenso follaje, todo virgen y risueño, edén forjado en un sueño de fantasía oriental,

Cual centinelas inmobles que abren paso a su monarca, en cuanto la vista abarca, se ven sus filas tender: gruesas ceibas, altos robles, mangles y cedros pomposos, que contemplan silenciosos el Magdalena correr... Las luces de los cocuyos, que de la orilla se alejan, entre las selvas semejan luces de oculta ciudad y con primores tan suyos que imposible imitar fuera, se ve una y otra ribera competir en majestad.

Como un Tritón prepotente navega el vapor silbando y sus chispas pregonando grandioso futuro van.
Ruge al chocar la corriente del agua contra la quilla, y al fondo desde la orilla se echa el pesado caimán.

Sentado en rústico tronco junto a la pobre cabaña quedéme absorto en extraña, profunda contemplación. Del río el murmullo ronco y el vago sonar del viento hablaban con triste acento de algo raro al corazón.

Pensaba... mas, de repente la joven de la ribera como si nadie la oyera, entonó con blanda voz, esta canción tan doliente Y de tal melancolía, que el lamento parecía de la angustia más atroz.

¡Qué grande que viene el río! ¡Qué grande se va a la mar! Si lo aumenta el llanto mío, como grande no ha de estar. ¡Río!... ¡río!...

devuélveme el amor mío que me canso de esperar.

¡Qué negra la noche ingrata viene mi pena a aumentar!... Si ella mi dolor retrata, ¡como negra no ha de estar!... ¡Río!... ¡río!...

devuélveme el amor mío que me causo de esperar.

!Qué triste susurra el viento parece ausencias llorar! Si él repite mi lamento, ¡cómo negro no ha de estar! ¡Río!... ¡río!...

devuélveme el amor mío que me canso de esperar.

¡Qué sordo que el río suena! ¡No quiere a nadie escuchar Cuando no escucha mi pena ¡cómo sordo no ha de estar!...

¡Río!... ¡río!... devuélveme el amor mío que me canso de esperar.

نى

Entretanto sin hablar con su hermana a corto trecho la miramos inclinar la cabeza sobre el pecho y silenciosa llorar.

Vuestra historia será triste-dije al flu a la aldeana.

—La mía no, que no existe, la triste es la de mi hermana que su aflicción no resiste.

¡Cuéntamela! Soy viajero, i aunque pronto partiré esa historia saber quiero.
—Dejadme llorar primero y luego os la contaré.

Miró a su hermana un momento, las lágrimas enjugó y con simpático acento ocultando su tormento su relato principió:

«Tras penosos desengaños sin fortuna y sin hogar en estos bosques extraños con mi madre hace veinte años mi padre vino a habitar. Cuanto este cercado encierra con su trabajo adquirió; mas, sonó el grito de guerra y atravesando la sierra fué a la guerra...; y no volvió!

Crecimos en la orfandad mas, mi hermana, aunque lloraba, creyó en la felicidad. ¡Pues era amada y amaba con toda sinceridad!...
El dueño de su alma pura era un joven pescador de varonil apostura, un tigre por su bravura y una paloma en su amor.

El río era su elemento y en su balsa o su chapán, siempre encontró salvamento cada viajero en tormento o apurado capitán. Jamás le encontró cobarde la muerte, con que luchaba; noble, bueno, sin alarde a esta caleta arribaba con más amor cada tarde.

En la noche, entusiasmado, nos relataba la historia de sus días de soldado. ¡Pero su sueño de gloria era amar y ser amado!

La víspera de aquel día fijado para alcanzar su ambicionada alegría uniendo a la hermana mía su existencia ante el altar. El grito horrendo y agudo de un náufrago se escuchó; hervir su sangre sintió, vencer su instinto no pudo y en el río se lanzó!

Entre las aguas nadando lo miramos como un pez... Iba al náufrago alcanzando y... aunque seguimos mirando no lo vimos otra vez.

Sólo dos bultos unidos la corriente nos mostró... escuchamos los gemidos... Ella perdió los sentidos y enajenada quedó...

Lento su mal la devora y, loca, mirando al río canta a veces, otras llora y sigue su desvarío día a día, hora tras hora.

Sintiéndose conmovida su relato interrumpió; la vi llorar afligida... mas de pronto decidida la niña así continuó:

«Que hacer si Dios lo ha mandado.»
—Confía en El, respondí.
Dejé mi óbolo olvidado
miré su rostro y lo vi
risueño... Pero empapado.

Y al ver tal conformidad mezclada con tanto duelo, dije a ese ángel de bondad:

- -¿Cómo te llamas?
- -- Consuelo.
- -;Y tu hermana?
- --Soledad.

نح

Tomé la barca y en la noche obscura vi en la playa una luz cuyo fulgor me señalaba el sitio sin ventura de una historia tan llena de dolor, Muellemente la nave se mecía cual blanda cuna con balance igual y arrullar, cariñosa, parecía, de las almas el último ideal.

Aquellas vagas esperanzas bellas, esas amigas de anhelado bien que en las nubes, el agua, las estrellas muchos viajeros pensativos ven.

La nocturna luciér naga brillaba y en la selva el enjambre bullidor de cigarras y grillos no cesaba de herir el aire, con tenaz rumor.

Quedó mi mente en el delirio envuelta y el alba a la verdad me despertó cuando, como un alción, libre y resuelta su destino la nave prosiguió...

En medio del ramaje, la cabaña medio escondida, diseñarse vi... Cambió de curso el río... la montaña se interpuso a mi vista y la perdí!...

ċ

De aquel barco en la ciudad al capitán torné a ver, y le dije:—¡Perdonad!
¿Algo habéis vuelto a saber
de Consuelo y Soledad?
—Nunca he vuelto a aquella playa,
me dijo, mas, si queréis
noticias, no bien que vaya
a esos sitios, cuanto haya
de nuevo ya lo sabréis.

¿Por qué, por qué no olvidó su promesa el capitán? ¡Oh! su palabra cumplió y aquí las líneas están que su mano me escribió:

«Por complaceros, fui diligente a las riberas que os prometí. Salté a la playa... ¡Qué diferente tras cortos años todo lo vi!

Espesa hiedra borrado había hasta la sombra del platanal, y un rapazuelo que me seguía —¡Volved!—me dijo, que así vais mal...

—¡Si de Consuelo busco el bohío! —Murió su madre y ella se fué... —Pero, ¿y su hermana?—Se arrojó al río que estaba loca no sé por qué...

ئ

¡Lo habéis oído!... Cosas del cielo que no comprende la humanidad. Tal vez Consuelo no halló consuelo, pero dichosa ya es Soledad!

Domingo Arteaga Alemparte: Nació en 1835 en Concepción. Fué Gerente de un Banco, periodista como su hermano Justo, escritor político y de costumbres, y crítico literario y social. Como poeta, tiene fama de correcto y delicado. Se ve en sus poesías la influencia de los clásicos, en los que fué muy versado, hasta el punto de haber traducido en verso La Encida de Virgilio. De este trabajo sólo se ha publicado el primer canto.

A pesar del gran entusiasmo con que los críticos hablan de la obra de Arteaga, no merece en realidad la fama que se le ha dado. Su poesía no comueve ni entusiasma. Sus comparaciones son comunes, sus metáforas corrientes y sin brillo. No hemos encontrado ninguna composición que nos dé una nota característica de este poeta dulce y melancólico, cuyo conjunto poético de impecable corrección nos parece una llanura monótona y fatigadora.

Las composiciones más celebradas de Arteaga son sus odas *Al Amor*, *Al Dolor*, i algunos sonetos. Murió en 1880.

Oda al Dolor

Do quiera el hombre vive, do quier trabaja, sueña, ama o concibe, buscando dichas y tocando males, allí siempre se escucha el rumor de mil sones funerales; el vocear de la sangrienta lucha allí siempre resuena, y los espacios llena y, asordando los ecos, sube al cielo universal clamor de angustia y duelo; cual de voraz incendio aciaga nube, el éter empañando, al cielo sube.

Ah! vivir es luchar: infatigable atleta de la vida el sér humano, y el universo la espaciosa arena. Sentado sobre trono incontrastable, el dolor, taciturno soberano, preside por do quier la grande escena.

Dolor, sombrío déspota del mundo, cuando cruel desatas tus negros huracanes, y arrebatas el humano destino al iracundo mar de la adversidad y desventura, en olas de amargura la existencia anegada, semeja frágil nave que, acosada por la furia del pérfido Oceáno,

ora se alza hasta el cielo, ora se lanza hasta el fondo del mar, lóbrego arcano ya radiosa esperanza de Dios nos lleva hasta el eterno asiento, y en luz divina nuestra frente inunda; ya insano abatimiento, el nombre blasfemando de Dios mismo, de la duda nos hunde en el abismo, de tinieblas espesas nos circunda. Y en fiera lucha, y varia, de desesperación el ronco grito se mezcla con la voz de la plegaria, que lo finito enlaza a lo infinito.

Mas, pasó la tormenta. En la ribera el náufrago sus rotas vestiduras enjuga alegre; y su alma estremecida de ardiente gratitud, de fe sincera, adora y glorifica en las alturas al Dios de amor que el móvil de la vida, dolor, puso en tus manos, y el secreto te dió de la grandeza, del bien, de la belleza de la dicha y virtud de los humanos.

A tu empuje las puertas del existir abiertas son al naciente sér, a quien desprendes del estupor de la primera aurora, anunciando que vive cuando llora. Tú de la actividad la llama enciendes y azuzas al combate contra el ocio servil que al hombre abate. Tu soplo nuestras almas purifica, al trabajo impeliéndonos fecundo, que el humano destino dignifica y nos levanta a dominar el mundo.

Rudo, austero mentor de las pasiones, arrancas, en sus locas libaciones, la copa del deleite a nuestros labios cuando al deseo, de templanza ajeno, ofrece ya tan sólo los resabios de las amargas heces, y el veneno.

Rubia como la espiga
de opima, rumorosa sementera,
fresca como en estío sombra amiga,
suave cual la luz de primavera,
alza la frente la feliz infancia,
de su candor, de su festivo anhelo
en el hogar vertiendo la fragancia.
De su indolencia el velo,
dolor! no has desgarrado todavía.
Aún no comprende tu terrible nombre,
mas, su dormido corazón un día
tocas y el niño se convierte en hombre.
No de otra suerte, de Moisés tocada,
la peña del Horeb brotó raudales

de líquidos cristales, y en fuente de frescura fué trocada.

Del Horeb cual la peña, el alma humana por ti herida, torrentes de ternura, de simpatías y emociones mana.

En cada criatura halla un hermano que trabaja y pena, y aleccionada de sus propios males, consolar sabe la desdicha ajena.

De la piedad el inefable encanto exhala entonce aromas celestiales, y llora el hombre delicioso llanto.

¡Dolor! de tu candente
crisol vuelto en escoria
sale el ánimo tímido, impotente,
y de inmortalidad salen radiosos
los seres generosos
que iluminan los siglos de la historia.
De Tácito la frase vengadora
en tus ardientes fraguas retemplaste;
de Juvenal, la sátira canora
en acerado ritmo modelaste.
En la copa de Sócrates tu sello
de eternidad pusiste.
Tu inextinguible, cálido destello,
de la fiel Eloísa, de la triste
Magdalena en las lágrimas fulgura

y de Dante sombrío la figura lleva en sienes altivas tu corona de amargas siemprevivas.

¡Corona que la frente martiriza, corona que la fama inmortaliza del genio, del amor, del heroísmo, del martirio, sublime fanatismo!

Como del Nilo la corriente deja en la egipcia campaña el fértil limo que las mieses cría, así, oh dolcr! cuando por fin se aleja del corazón tu saña, deja en él la feraz melancolía, el creador, el almo sentimiento, patria de la celeste poesía, de la imaginación freno y aliento, luz del arte, esplendor de la belleza, clave con que descifra el pensamiento de la naturaleza el múltiple lenguaje grandioso, su eterna vida y su eternal reposo.

Pedro Antonio González: Nació en 1863, en Coipué departamento de Curepto. Se recibió de Bachiller en Humanidades y empezó a estudiar Leyes en Santiago, pero no terminó su carrera. Fué profesor de Gramática y Filosofía en diversos colegios particulares. No le

preocupó nunca el lado práctico de la vida; por eso vivió siempre en la mayor estrechez.

Era de carácter retraído, pero de corazón bondadoso, sobre todo con la juventud.

Murió en la sala común de un hospital en 1903.

Pedro Antonio González señala en nuestra poesía una nueva era. Con él empiezan los poetas modernos de Chile. Influído por Rubén Darío escribió hermosas composiciones en los moldes de la nueva escuela, pero sinperder su originalidad y sin caer en las ridículas exageraciones de los vulgares imitadores de aquel maestro. Popularizó entre nosotros los nuevos metros, y sus versos rotundos y vibrantes entusiasmaron a la juventud, que lo ungió jefe de aquel movimiento literario que dura todavía.

Además de su poesía El Monje, que es conocida en toda la América, y de un gran número de composiciones profundamente sentidas, como El album, Mi vela, y otras, en que presenta su abandono y aislamiento sin lamentaciones románticas y lloronas, escribió también magníficas alocuciones filosóficas y docentes, en que expresaba con gran valentía sus ideas liberales, en medio de arranques dignos de los más altos líricos de la lengua castellana.

Muchas de sus poesías fueron coleccionadas en su libro *Ritmos*, del cual se han hecho ya varias ediciones que están agotadas. El señor Armando Donoso ha publicado últimamente las obras completas de Pedro Antonio González.

El Monje

I

¿Por qué, por qué, sin fe para el combate, el alma alada que a la cumbre vuela, olvida que es espíritu y se abate cuando la frágil carne se rebela?

¿Por qué, ludibrio de borrasca loca, la conciencia vacila, y gime y calla, cuando el brutal instinto la provoca a sostener con él recia batalla?

¿Qué hondo misterio es el que el hombre encierra, que el cuerpo vence al alma en el gran duelo, siendo el cuerpo una sombra de la tierra, siendo el alma un relámpago del cielo?

II

Ante el sol inmortal que se levanta y tiñe el éter de ópalo y de rosa, el himno eterno de la vida canta con magnífico ritmo cada cosa. Mas ¡ay! El monje en su nostalgia muda oye sólo zumbar el ala incierta con que el lóbrego cierzo de la duda bate las ruinas de su fe ya muerta.

Envuelto en el fantástico sudario de su austera y flotante saya mística, se arrodilla temblando en el santuario, delante de la lámpara eucarística.

Es insondable, es infinito el velo de la fúnebre noche que le ofusca. Es un fantasma, es un sarcasmo el cielo; huye más lejos cuanto más le busca!

III

Después de orar al borde del abismo, siempre sin esperanza, siempre en vano, y de sentir la nada de sí mismo, le abre su corazón a un monje anciano.

Lleno de santa unción y amor profundo, el viejo monje largo tiempo le habla de que busque en el piélago del mundo sólo en la cruz su salvadora tabla. ¡Ay!—le dice,—del alma que blasfema, y que se olvida de su excelso rango, y que arrastra su fúlgida diadema y, sus cándidas alas por el fango!

El alma que a sí misma se abandona, y que entre el mal y el bien, el mal prefiere, rompe el lazo que al cielo la eslabona: vive para Satán: ¡para Dios muere!

IV

Y él le oye. Y en su celda solitaria, armado de una férula sangrienta, a compás de una fúnebre plegaria, verdugo de sí mismo, se atormenta.

En su místico anhelo de vencerse, lleno de santa cólera se azota, y de dolor su carne se retuerce, y roja sangre de su carne brota.

Es inútil su bárbaro martirio. La fiebre estalla en su cerebro luego. Y a través de las sombras del delirio él ve flotar una visión de fuego. Es la visión de la mujer que adora: que con su carne pone su alma en guerra; que lo acosa tenaz hora tras hora; que lo hace al cielo preferir la tierra!...

Tú

Virjen núbil, tu talle
es gentil como el lirio del valle
donde bate la niebla su undívago tul.
Tus cabellos son rubios
como el alba que impregna de efluvios
los lejanos paisajes del éter azul.

Tu pupila, a lo lejos
desparrama los dulces reflejos
con que argenta la Luna la noche estival.
Tu mejilla escultúrea
desparrama la tinta purpúrea
de los besos del sol a la nube auroral.

Tu garganta gorjea
con el són de la cítara hebrea
que alboroza los coros de Sión con su voz.
Tu garganta suspira
con el són de la mística lira
del hosanna celeste del ángel de Dios.

Tu alma ardiente y absorta
arrebata y embriaga y transporta
con su esencia de rosa, jazmín y azahar.
Bajo el sol no la iguala
ni la cándida nieve del ala
con que riza la espuma la garza polar.

¡Virgen núbil! Tú sueñas
con fugaces visiones risueñas
que destilan su miel en tu espíritu en flor.
Coronada de un astro
vas en pos del sitial de alabastro
que en su regio palacio te brinda el amor!

Mi Vela

Cerca de mi vela que apenas alumbra la estancia desierta de mi buhardilla, yo leo en el libro de mi alma sencilla por entre la vaga y errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio a fin de que acaso con ella consagre mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre delante del ara de mi hondo martirio. A mí no me queda ya nada de todo. Mis viejos recuerdos son humo que sube formando en el éter la trágica nube que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos, sin ver brillar nunca la estrella temprana que vieron delante de su caravana brillar a lo lejos los tres reyes magos.

¡Quizás soy un mago maldito!—Yo ignoro cual es el Mesías en cuyos altares pondré con mi lira de alados cantares mi ofrenda de incienso, de mirra y de orol

Al golpe del viento rechinan las trancas detrás de la puerta de mi buhardilla. Y vierte mi vela que apenas ya brilla goteras candentes de lágrimas blancas!...

Pedro Nolasco Préndez: Nació en Santiago en 1853. Fué abogado, juez, profesor de castellano y secretario de nuestra Legación en el Perú.

De gran cultura artística, de palabra y ademán simpáticos y de una asombrosa facilidad para improvisar en todos los metros, Préndez gozó de gran prestigio y tuvo a la vez crueles detractores. Ganó las primeras recompensas en varios certámenes literarios. Sus versos robustos y sonoros declamados artísticamente por él mismo le acarrearon muchas veces verdaderas ovaciones.

Era un admirador de Víctor Hugo y también de Andrade, cuya influencia sufrió tan de cerca que algunos de sus cantos tienen estrofas que parecen hechas por el ilustre autor de *Prometeo* y *La Atlántida*.

Se han publicado dos volúmenes de sus obras Poesías y Siluetas de la Historia.

Murió en 1907.

La Quimera

¡Salve, Maestro! tu numen tiene la nota eólica. ¡Cuán tumultuosa, cuán formidable tu inspiración! Dócil el mármol a tu atrevida forma simbólica quimeras forjas que desesperan a la razón!

¡Qué de pasiones allí se empujan con fuerza mágica Febril conjunto de desengaños e idealidad, la ilusión muestras deslumbradora, con forma trágica, nunca vencida por los encantos de la verdad.

Es tu Quimera, con sus sorpresas, un grupo armónico: en ella luchan fe y desengaño, dulzura y hiel: tiene el encanto, las maravillas del arte jónico, que has evocado con la pujanza de tu cincel. Tú profundizas, en el abismo, como un oráculo: das al martirio del alma humana fulguración; y con las musas del arte reinas en el cenáculo y allí te embriagas en una orgía de inspiración.

¡Salve, Maestro! tiene tu numen, como el crepúsculo savia fecunda y exuberancias de resplandor; unes al mónstruo de ciego instinto de fuerte músculo la dulce virgen a quien arrullan notas de amor.

Carlos Pezoa Véliz: Nació en Santiago en 1879 de padres modestos, pero de holgada condición social.

Empezó sus estudios de humanidades en el colegio de los Padres Agustinos ylos terminó como estudiante de clases privadas.

Llevado de su espíritu inquieto y aventurero viajó por el norte de Chile y especialmente por la pampa salitrera.

En 1898 hizo un curso de aspirante a oficial y después fué a vivir a Valparaíso. Estaba en Viña del Mar empleado en la Municipalidad cuando sobrevino el terremoto de 1906 que lo dejó malamente herido y con el principio de la enfermedad que lo llevó poco después al sepulcro.

Murió en 1908 en la sala común del Hospital de San Vicente en Santiago, asistido cariñosamente por

un grupo de sus amigos.

Su libro Alma Chilena editado por algunos de sus compañeros de letras, se publicó en 1912.

Pezoa es el cantor de los sentimientos del pueblo, cuya alma, mejor que ninguno de los poetas chilenos, supo comprender y exponer en versos briosos y enérgicos, llenos de figuras originales y pintorescas.

Sus composiciones más celebradas son Pancho y Tomás, El Pintor Pereza, El Perro Vagabundo y Al amor de la lumbre.

I

Pancho y Tomás

Pancho, el hijo del labriego, y su hermano el buen Tomás serán hombrecitos luego: Pancho será peón del riego y su hermano capataz.

Porque los chicos son guapos de talladura y de piel: viven como unos gazapos entre un bosque hecho guiñapos o algún llano sin dintel.

O montados en el anca frescachona y montaraz

de alguna arisca potranca que ha crecido en la barranca sobre la avena feraz.

¡Son ya mozos! Pancho lleva cumplidos veinte y un mes. Es un mozo a toda prueba: ¡no hay bestia por terca y nueva que no sepa quién Pancho es!

Porque el muchacho es bravío; rubio como es el patrón; como él detesta el bohío; ama el poncho, el atavío, y usa un corvo al cinturón.

¡Ah, qué cosas las de Pancho! ¡Qué alegrote y que feraz! ¡Cómo se alboroza el rancho cuando echa a una moza el gancho en una frase mordaz!

¡Qué continente! Es el vivo retrato del buen patrón; como él, nervioso y activo, gesto brusco y agresivo, pendenciero (y socarrón. Tomás cumplió los veintiuno, pero no es mozo de ley; es honrado cual ninguno, ni es pendenciero ni es tuno, pero es fuerte como un buey.

Y su hondo deseo fragua una dicha que es mejor: tener chacra, un surco de agua, una mujer, una guagua... ¡todo un ensueño de amor;

Ama el rancho, las faenas; ama el rancho, la mujer... A veces le asaltan penas si las tierras no son buenas, si el agua tarda en caer.

Y así los dos muchachones viven en juerga feliz: Pancho hondea a los gorriones; Tomás canta... Sus canciones huelen a trigo y maíz.

Pancho es alegre. Su frase lleva el chiste y la intención; su frase, robusta nace y en risotadas deshace su endiablada perversión. Tomás, bonachón, sumiso, monta en precoz gravedad, si Pancho horada el carrizo o si atrapa de improviso fruta de ajena heredad.

Pancho corre. Tomás mira crecer al viento la col; Pancho abrupto monta en ira si el pobre Tomás suspira en la caída del sol...

Y en la noche Pancho se echa sobre el colchón de maíz. El viejo habla de otra fecha... Tomás lo sigue, repecha otra edad y otro país.

Otro país en que hay reyes bondadosos y en que hay bien, vacas encantadas, bueyes de oro, pastores y greyes con astas de oro también.

Y en que no hai mejillas flacas, ni hombres que ultrajados son; y en que hacen mil alharacas, chicos, trigales y vacas en eterna floración. Y en que el labrador, buen amo y siervo de sí mismo es, y en que la encina, el retamo sólo se entrega al reclamo del que la encontró al través.

Luego Tomás se va al lecho y el viejo y todos en pos; todos miran hacia el techo; y las manos en el pecho, cuentan sus penas a Dios.

Entierro en el campo

Con un cadáver a cuestas, camino del cementerio, meditabundos avanzan los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descienden por Marga-Marga hacia el pueblo, cuatro luces melancólicas que hacen llorar sus reflejos; cuatro maderos de encina, cuatro acompañantes viejos... Una voz cansada implora por la eterna paz del muerto; ruidos errantes, siluetas de árboles foscos, siniestros. Allá lejos, en la sombra, el aullar de los perros y el efímero rezongo de los nostálgicos ecos.

Sopla el puelche. Una voz dice:
—Viene, hermano, el aguacero.
Otra voz murmura:—Hermanos,
roguemos por él, roguemos.

Calla en las faldas tortuosas el aullar de los perros; inmenso, extraño, desciende sobre la noche el silencio; apresuran sus responsos los pobres angarilleros y repite alguno:—Hermano, ya no tarda el aguacero; son las cuatro, el alba viene, roguemos por él, roguemos.

Y como empieza la lluvia, doy mi adiós a aquel entierro, pico espuela a mi caballo y en la montaña me interno. I allá en la montaña oscura ¿quién era? llorando pienso:
—¡Algún pobre diablo anónimo que vino un día de lejos, alguno que amó los campos que amó el sol, que amó el sendero por donde se va a la vida, por donde él, pobre labriego, halló una tarde el olvido, enfermo, cansado, viejo.

EL TEATRO

El movimiento literario, empezado en 1842 abarcó también el teatro, que hasta entonces no había producido ninguna obra original de importancia. Los autores que más se distinguieron por sus esfuerzos en pro del teatro nacional, fueron, por orden cronológico: primeramente don Carlos Bello y don Rafael Minvielle; en seguida don José Antonio Torres Arce, don Carlos Walker Martínez, don Daniel Caldera y don Luis Rodríguez Velasco.

Carlos Bello: Era hijo de don Andrés Bello. Nació en Londres en 1815 y murió en Santiago en 1854. Su educación, dirigida por su ilustre padre, hizo de él uno de los jóvenes escritores más preparados de su tiempo. Aun cuando era un gran admirador de los clásicos, se plegó con entusiasmo al movimiento romántico. Su drama Los amores del poeta, representado en 1842, tuvo un éxito enorme, no porque fuera una pieza dramática excelente, sino por la circunstancia de ser el autor un poeta romántico mimado por la sociedad, que veía en el drama, como lo dice el señor Peña Munizaga, bajo el velo de la ficción dramática, un poema amoroso vivido por el autor. Fué pues ésta una obra de clave, cuyo misterio trataron todos de adivinar. El drama consta de dos actos y está escrito en prosa. Es la obra de un autor inexperto, llena de situaciones inverosímiles, de personajes irreales y de períodos declamatorios. Para su tiempo fué lo mejor.

Rafael Minvielle: Nació en 1800. Era extranjero, hijo de francés.

Antes de venirse a Chile estuvo como educacionista en Buenos Aires, donde fué profesor de Mitre. Es autor de numerosas traducciones de obras dramáticas francesas y de un drama original titulado *Ernesto*, representado con buen éxito a fines de 1842, y de una comedia *Ya no voy a California*, silbada estrepitosamente. Murió en 1887.

Don José Antonio Torres Arce: Nació en Valdivia en 1828. Fué redactor de El Mercurio de Valparaíso. Habiendo sido desterrado al Perú por el Presidente Montt en 1859, vivió en Lima como periodista.

Murió en Santiago en 1864.

Sus obras son: un libro sobre los oradores chilenos, una novela Los Misterios de Santiago y su drama histórico La Independencia de Chile, representado muchas veces con grandes aplausos en los teatros de Santiago. La obra consta de tres actos y está escrita en verso. La escena pasa en Santiago poco después de la derrota de Cancha-Rayada. Es un drama patriotero, lleno de versos declamatorios, destinados a entusiasmar al pueblo.

Carlos Walker Martínez: 1842-1905.

Más que un literato fué un político y un orador parlamentario. Cultivó las letras en los momentos que sus múltiples ocupaciones le dejaban. Fué un carácter que luchó noblemente por su partido, y que sostuvo, con honradez y valentía, sus ideales políticos en su vida pública y privada.

Sus versos son, por lo general, duros y forzados, pero tiene algunos romances históricos armoniosos y pintorescos. Su drama *Manuel Rodríguez*, representado en 1865, es la mejor pieza dramática de su género en este período. El protagonista no es el personaje histórico, sino el héroe de la leyenda, tan popular y querido entre las multitudes. Está escrito en cuatro actos y en verso; la escena pasa en Santiago en 1817.

Daniel Caldera: Nació en 1855. Fué un poeta bohemio autor de varias poesías, de una tragedia escrita en su juventud El último Ramses, representada en 1874, y del drama El Tribunal del Honor, dado con un éxito enorme en 1877. Después de su triunfo, Caldera siguió su vida bohemia. En los últimos años se trasladó a Iquique, en donde vivió como periodista. Murió en esta ciudad en 1896.

Esta pieza es el mejor drama pasional que se ha escrito en Chile en el período que estudiamos. Es una obra romántica en tres actos y en prosa. A pesar de sus defectos, se lee todavíacon interés y emoción. Está basada en un hecho cierto que ocurrió en San Felipe, cuando el autor era un niño.

Luis Rodríguez Velasco: Aunque no hemos colocado a este poeta en la parte correspondiente a la poesía lírica por vivir todavía, damos aquí algunos datos sobre su obra dramática que ya ha sido juzgada.

Don Luis Rodríguez, que ganó como lírico y épico honrosos laureles y la fama de cantor de las glorias nacionales en las guerras de 1866 y 1879, cultivó el género dramático con éxito lisonjero que hacía presagiar futuros triunfos.

Tradujo primeramente algunas piezas francesas, entre las cuales está su hermosa versión del Ruy Blas de Víctor Hugo, y se dió a conocer definitivamente como autor original, con su comedia Por amor y por dinero.

Esta obra representada en 1869 fué un triunfo para

su autor y despertó en la prensa violentos ataques y elogios calurosos. Tiene tres actos y está escrita en versos fáciles y armoniosos.

Su asunto es sencillo, con tendencia moralizadora

y se desuenvuelve con claridad y soltura.

NOVELA

Antes de que aparecieran las obras de don Alberto Blest Gana, puede decirse que en Chile no hubo novela.

La única obra que merece el nombre de tal, fué una publicación hecha en 1852 por don Manuel Bilbao, con el título de El Inquisidor Mayor o Historia de unos amores.

Alberto Blest Gana: Nació en 1831. Fué en su juventud profesor de Topografía en la Escuela Militar e Ingeniero del Ejército; después Intendente de Colchagua, diputado y finalmente diplomático. Vive actualmente en París, retirado del servicio público, después de haber desempeñado con brillo el cargo de Ministro de Chile en Francia en la época de las mayores dificultades para la diplomacia chilena.

En 1858 empieza la serie de sus novelas con algunas que llamaron la atención y fueron bien recibidas por la crítica. Las mejores de esa época son: El primer amor y La aritméticaen el amor. En 1862 publicó su primera obra maestra, Martín Rivas, y al año siguiente su admirable novela El ideal de un calavera.

Después de largo tiempo dedicado a las tareas diplomáticas, publicó en 1897 Durante la Conquista, que es hasta ahora nuestra primer novela histórica.

Blest Gana puede ser considerado como el padre de la novela chilena.

La mayor parte de los escritores que han venido después, han sufrido su influencia.

Mencionaremos sólo algunos de los otros novelistas que han sobresalido, pero sin tener la importancia de Blest Gana: Daniel Barros Grez autor de El Huérfano y de la novela histórica y de costumbres Pipiolos y Pelucones, en la cual hay observaciones exactas, pintorescas escenas locales, de costumbres populares y rústicas, y tipos y caracteres muy bien estudiados.

Vicente Grez: Publicó Marianita, La dote de una joven, y otras novelas de escaso valor literario. No vale el señor Grez como novelista lo que valió como charlador insuperable, por lo ingenioso de sus chistes, que han llegado a ser entre nosotros lejendarios.

Liborio Brieba: Escribió Los Talaveras y el libro titulado El Capitán San Bruno, dos novelas históricas

que, aunque no tienen mucho mérito literario, están escritas con animación y se hacen interesantes. Son tal vez las dos novelas más populares que, hace veinte años, hubo en Chile.

Martin Palma: Es el autor de Los secretos del pueblo, de La felicidad en el matrimonio, obras escritas con un generoso propósito de mejoramiento de las clases obreras de Chile.

Presenta en ellas como modelo a un joven artesano que, por la educación moral y la instrucción científica, conquista una posición elevada desde la cual hace grandes bienes a los desheredados de la fortuna y realiza un verdadero programa social.

Publicó también algunas novelas de propaganda anti-religiosa, como Los misterios del confesionario.

Ramón Pacheco: Autor de unas cuantas novelas populares del género Folletín, algunas de propaganda anti-religiosa, como El subterráneo de los Jesuítas, y otras históricas, como La Generala Buendía.

HISTORIADORES

La historia en este período es también uno de los géneros más cultivados, y en este ramo se encuentran muchas de las más grandes personalidades intelectuales de Chile.

Estudiaremos de preferencia a don Miguel Luis Amunátegui, don Diego Barros Arana, don Benjamín Vicuña Mackenna y don Ramón Sotomayor Valdés.

Don Miguel Luis Amunátegui: Nació en 1828. Seeducó en el Instituto Nacional. Fuéprofesor, diputado, ministro en varias ocasiones, Secretario General de la Universidad y candidato a la Presidencia de Chile. En colaboración con su hermano Gregorio Víctor, publicó en 1851, en los Anales de la Universidad, su primer trabajo histórico importante titulado La Reconquista Española, al cual siguieron varios otros escritos en las mismas condiciones, como Biografías de americanos, La instrucción primaria en Chile, etc.

Más tarde publicó don Miguel Luis El descubrimiento y conquista de Chile y La dictadura de O'Higgins, en que ya se juzgan, con libertad de criterio, los hechos históricos. Otra obra importante del señor Amunátegui es el libro titulado Los Precursores de la Independencia de Chile, que ha sido considerado como el primer ensayo de una historia filosófica de nuestra patria. en él, dice el señor Barros Arana, se propuso el autor exponer con toda extensión y con toda luz la vida de

la colonia para que sirviera de ejemplo y de lección a los que quisieran reaccionar contra las conquistas de la civilización y de la libertad, política, industrial

y religiosa.

El último libro de importancia en que trabajó el señor Amunátegui fué la *Crónica de* 1810, que dejó sin terminar. Es autor también de numerosas biografías y muchos otros trabajos sobre episodios y costumbres de la Conquista de la Colonia, todos escritos con gran acopio de datos en su estilo peculiar, claro y sencillo y con una honradez histórica a toda prueba.

El señor Amunátegui murió en 1888 después de una vida laboriosa y ejemplar que hoy se presenta como un modelo a la juventud estudiosa.

Diego Barros Arana: Nació en 1830. Se educó en el Instituto Nacional. Fué nombrado miembro académico de la Facultad de Humanidades, cuando era todavía casi un niño.

Se mezcló como periodista en los disturbios políticos durante el gobierno de Montt, y se vió obligado a salir del país. Estuvo en el Brasil, Argentina y Uruguay, y después se fué a Europa. En España estudió la Historia de Chile en sus principales archivos y bibliotecas, y encontró valiosos documentos para sus trabajos históricos.

A su vuelta en 1863 fué nombrado Rector del Instituto Nacional, en donde realizó grandes reformas en los estudios. Entonces escribió varios textos de enseñanza, algunos de los cuales, como su *Historia de*

América i su Geografía Física, se estudian todavía en algunos países de América.

El partido político dominante en esa época miró con malos ojos estas reformas y lo destituyó de su puesto; pero más tarde los miembros de la Universidad lo eligieron Rector de la Corporación, y desde este nuevo cargo continuó sus trabajos en pro de la cultura científica del país. A él se debe en gran parte la implantación del sistema concéntrico en los establecimientos de instrucción. Fué también diputado, pero no se avino con la política, ministro de Chile en Argentina y Brasil, y Perito en la cuestión de límites con aquella República.

Su primera obra histórica Las campañas de Benavides, fué recibida con entusiasmo por los entendidos. La Historia de la Independencia de Chile, completada con Las campañas de Chiloé, afirmó su justa fama de historiador. Publicó después su Historia de la guerra del Pacífico. Pero la obra que lo ha colocado a la cabeza de los historiadores americanos es su Historia General de Chile, la más completa que se haya escrito sobre la materia, y que ha sido juzgada con grandes alabanzas en América y Europa.

Fundó también numerosos periódicos y revistascomo El Museo, El Correo del Domingo (1862) y La Re-

vista Chilena (1875).

Murió en 1907.

Don Diego Barros Arana ha sido una de las figuras intelectuales más descollantes en Sud América, y el maestro que tal vez ha ejercido mayor influencia en el desarrollo del sentimiento liberal en la República en los últimos cincuenta años.

Fué combatido con saña por sus enemigos y endiosado con fanatismo por sus discípulos.

Aún después de muerto, despierta su nombre en los actos públicos escolares tempestades de aplausos contestadas al día siguiente por enérgicas protestas de la prensa que lo combatiera en vida.

El monumento que, por suscripción popular, ha de levantársele cuenta ya con los fondos necesarios, y sólo se espera el despacho de la ley correspondiente para que se alce en nuestra principal avenida la figura del maestro educador de tantas generaciones.

Benjamín Vicuña Mackenna: Nació en Santiago en 1831. Era Bachiller en Leyes, cuando por haberse mezclado en la revolución de 1851 fué obligado a salir del país. Estuvo en California, y pasando por Méjico y Estados Unidos se trasladó a Europa, cuyos principales países recorrió.

A su vuelta a Chile tomó parte en el nuevo movimiento revolucionario de 1859 y fué desterrado a Inglaterra. De allí pasó a España, donde hizo importantes investigaciones históricas en los archivos de la península. Antes de volver a la patria residió algún tiempo en el Perú, en donde recogió datos interesantes sobre la vida de O'Higgins. En 1865 fué enviado a Estados Unidos como agente del Gobierno de Chile, para buscar ausilios contra España, que quería reivindicar sus antiguas colonias.

En 1872 fué nombrado Intendente de Santiago, y en este puesto hizo numerosas obras que mejoraron considerablemente la ciudad. Durante la guerra contra el Perú fundó un diario El Nuevo Ferrocarril y en artículos y en libros celebró los triunfos del ejército. Fué también diputado y candidato a la Presidencia de la República. Entre sus obras principales se encuentran El Ostracismo de los Carrera, El Ostracismo de O'Higgins y la Vida de don Diego Portales, Escribió además otros libros como el Album de la Gloria de Chile, en que cuenta las hazañas de los héroes de la guerra, Las Campañas de Tarapacá, Tacna y Lima, que forman una historia completa de la guerra del Pacífico.

En casi todas sus obras Vicuña Mackenna incurre en defectos de estilo, y muchas veces falta a la verdad histórica a causa del poco tiempo de que disponía para componer sus numerosos trabajos y también porque solía dejarse llevar de su imaginación, que era tan viva como la de un novelista y tan evocadora como la de un cantor de gestas heroicas.

Don Ramón Sotomayor: Nació en 1830. Fué Ministro de Chile en Méjico y en Bolivia, y Subsecretario de Hacienda.

Durante el tiempo que residió en Bolivia, tuvo ocasión de estudiar las costumbres y la organización social de aquel país y publicó a su vuelta dos libros: La Legación de Chile en Bolicia en 1872 y Estudio de Bolivia en 1874. En el segundo resume la historia

boliviana desde la independencia hasta la caída del Jeneral Acha.

La obra fundamental del señor Sotomayor es su Historia de Chile durante 40 años, desde 1831 hasta 1871.

Desgraciadamente esta historia ha quedado inconclusa, el autor sólo alcanzó hasta 1841. En 1896 presentó a la Universidad en forma de Memoria la Campaña contra la Confederación Perú-Boliviana.

A pesar de ser el señor Sotomayor Valdés miembro del partido conservador, ha contado con imparcialidad los sucesos en que actuaban sus correligionarios y ha dejado fama de escritor verídico y justo.

Poseía un estilo elegante y fácil y fué además un brillante periodista.

Murió en 1903.

OTROS ESCRITORES

Hubo también en este período brillantes escritores que cultivaron otros géneros, como la Filosofía, la Sociología, la Política y la Crítica social y literaria. Nombraremos sólo los que descollaron: Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria, J. Joaquín Vallejos, más conocido con el seudónimo de Jotabeche, Vicente Pérez Rosales y Nicolás Palacios.

Francisco Bilbao: Nació en 1822. Fué el primer escritor propagandista del libre pensamiento y de las ideas de libertad política y religiosa, por las cuales sacrificó la tranquilidad de su vida. Discípulo de Lamennais, Quinet y Michelet, gozó entre la juventud de un gran prestigio por su contracción al estudio y por la pureza de su vida, propia de un verdadero apóstol.

Su artículo sobre La Sociabilidad Chilena, publicado en El Crepúsculo, fué quemado por la mano del verdugo, y el autor expulsado de la Universidad, por haberse permitido atacar en esas páginas a la Religión Católica. La multa a que fué condenado la pagaron los estudiantes y el pueblo. Fué además un orador popular de gran brillo y un polemista temible.

Poco queda de la obra de Bilbao. Sus artículos apenas se leen, pero permanece su figura como un símbolo de austeridad, valor y altruísmo que la juventud contempla con respeto. Murió en 1865 en Buenos Aires, a causa de una enfermedad del pecho, contraída por salvar a una pobre mujer que se ahogaba en el río.

La igualdad de la libertad

Hé aquí el paraíso de donde hemos sido despojados; he aquí el infinito de la grandeza humana; he aquí el reino de Dios acá en la tierra. La igualdad de la libertad es la religión universal; es el gobierno de la humanidad; es la unidad futura. La libertad es infinita, es el complemento y la cúspide de la creación humana; luego la igualdad, que no tiene otro límite que la misma libertad, es el enlace, la formación de la comprensibilidad de la felicidad del bien absoluto.

De aquí sacaremos nosotros la teoría que deben tener las sociedades y gobiernos. ¿Qué son esos hombres de los gobiernos que hemos tenido y que tenemos, que se precian de ser sabios en la dirección de la sociedad? que se precian de poseer el secreto de la felicidad, conservando las tradiciones antiguas, respetando la organización de la propiedad, que evita el noble desarrollo de los hombres, fomentando las creencias destruídas por la revolución y rigiendo al país por las leves inferiores a las luces, a las circunstancias del pueblo que se manda? Diremos que nuestros gobernantes son cabezas organizadas para la sociedad cuando admiten tradiciones y reformas, bienes y males. Examinemos rápidamente la lógica de nuestros hombres en el espíritu y cuerpo de Chile, en el «yo chileno». Nosotros hablamos desde la altura de nuestro criterio revolucionario. O salimos de la revolución, o no. Si salimos de ella, nuestro deber es completarla; si no, nuestro deber es definir lo que somos y cuál es nuestra tradición como nación. O los gobiernos han salido de las entrañas de la revolución y entonces es legítima su existencia, o no, y entonces son desconocidos como autoridades del pueblo revolucionario. Esta es la base con la cual podemos calificar a los gobiernos en la clasificación de la vida nueva de Chile. Hemos tenido dos revoluciones civiles.

^{5.-}LITERATURA

Hemos tenido, por consiguiente, dos clases de gobiernos. Gobierno de tradición republicana, es decir. revolucionario, y gobierno de tradición del orden antiguo. O'Higgins, que fué el primero que se encontró ante la marcha futura, fué también el primero que tuvo que tomar una decisión pronta en su marcha. Se encontró, cual se han encontrado tantos genios en semejantes circunstancias. Han sobrepujado los obstáculos, han triunfado, han sido los héroes de la destrucción y la guerra; viene la paz y la paz necesita organización, porque es el resultado de la armonía de los elementos sociales,, o del triunfo completo de un principio, y de la organización vencedora de un sistema completo de creencias. O'Higgins quiso organizar los elementos sociales, es decir, las tradiciones chilenas con las ideas nuevas, y el poder que los llevase a efecto. Pero en semejante obra vió asomar las resistencias, y entonces tan sólo quiso organizar el poder, y fué déspota. El pueblo revolucionado en política protestó y O'Higgins cayó como hombre de organización y como de tradición republicana. O'Higgins no concibió el triunfo completo del principio revolucionario, es decir, social, religioso y político. Vió tan solo el poder político, la fuerza que el mismo Chile había levantado. Este poder lo volvió contra su mismo seno, pero el señor lo arrojó de sí. O'Higgins, bajo el último aspecto de la organización de un pueblo nuevo, como hombre, era impotente para presentar una síntesis completa. Bajo este aspecto dudaba. Dudar en semejante situación es bambolear; bambolear es caer. Su deber era afirmar la lógica de la soberanía popular

de donde había salido; de este modo hubiera cimentado los resultados indisputables de la revolución y en cuanto al aspecto religioso, adquiriendo una posición respetable, atrincherado en la igualdad de todos y en la libertad del pensamiento. Pero no dejar campo a que la tradición se afirme, y dar un golpe democrático apoyado en la exaltación plebeya. Las tradiciones republicanas y liberales, apoyadas en un jefe que reunía la gloria de las armas, fueron entonces las que lo derrocaron. Este es Freire, que fué un continuador de la revolución. Pero después de haber vencido y encontrándose también delante del misterioso porvenir, le llegó también el tiempo de dudar. Freire es un hijo legítimo de la revolución, la comprende y quiere continuar sus resultados.

Querer continuar los resultados de la revolución es querer hacer otra revolución, es decir, la renovación de la unidad de creencias pasadas que no han sido desechadas de la inteligencia popular. Ahora esta obra necesita la conciencia de los nuevos principios y la voluntad revolucionaria que no apea. El calor revolucionario pasaba y las clases antiguas, que son conocidas entre nosotros con el nombre de «pelucones», fomentaban las preocupaciones populares. Ahora también le toca a este nuevo Gobierno la época de duda, es decir, de abdicación. Después los Gobiernos que ha habido entre nosotros como verdaderos representantes de la tradición española, son los de Pinto y Prieto. Estos Gobiernos son también conocidos.

Gobierno de Pinto. Revolucionario. La educación, que es el modo de revolucionar y completar las revo-

luciones, recibe en esta época todo el desarrollo posible. En esta época fué cuando vino a Chile ese número de extranjeros que ha producido tantos bienes. Todos los ramos de los conocimientos humanos son comprendidos en la vasta esfera de la enseñanza. La filosofía, que nos había dado libertades, es introducida entre nosotros, libre como su esencia. El derecho político y civil, estas dos ciencias indispensables para la armonía social e individual, fué entonces cuando se supo lo que eran entre nosotros. El escolasticismo y el código español con todos sus secuaces, temblaron al análisis que los devoraba.

El número de escuelas se aumentaba, las instituciones benéficas cundían. La industria y el comercio, recibiendo el aliento de la economía política, prosperaron en tan poco tiempo que Chile entonces, con relación a su tiempo, fué cuando estuvo más rico como nación y como sociedad. No había mayorazgo, ni vinculación que impidiese el libre desarrollo de los fundos. La introducción de libros era libre. No había censura, ni censores. La política conservaba una posición atlética ante las formas de las creencias antiguas, ante las comunidades religiosas. Algunas de las propiedades que poseían las comunidades de frailes, fueron devueltas a su dueño primitivo, a la nación. El espíritu público y de ciudadanía fué entonces cuando se conocía entre nosotros. Las Cámaras elegidas por el espíritu público produjeron los mejores oradores de la tribuna chilena. Se ve, pues, que todos los actos de esta administración eran lógicos con la revolución de la independencia, excepto el artículo de la Constitución que prescribía el exclusivismo del culto católico. La Constitución, calificada con la ciencia política de entonces, era la más completa, la más perfecta que se podía apetecer. Allí estaban todos los resultados de la revolución; la igualdad, la libertad, la propiedad y la seguridad de todos los derechos, de donde salió aquella ley tan gloriosa, tan lógica, no hay esclavos. Allí estaban todas las formas que el republicanismo moderno había elaborado. Temporalidad sumamente responsable del Poder Ejecutivo y división de las Cámaras.

En fin, se puede decir que era la expresión del siglo, el cuadro ideal al que era necesario conformar la sociedad.

Mas quitemos la corona de flores, ciñamos el crespón a nuestra frente; arranquemos la alegría de nuestro corazón, que vamos a pasar a la mansión del silencio tenebroso.

Había paz, había prosperidad, había libertad, pero todos aquellos hombres a quienes favorecía el privilegio destruído, todos aquellos hombres que caen en la unidad después que ha caído el orden que los engrandecía; todos los ignorantes, el elemento indígena español que no puede resistir en su orgullo a la innovación de creencias, de formas de gobierno, de costumbres liberales en la esfera pública y privada, mordían el freno en el silencio de su rabia. La educación invadía a las creencias españolas. La autoridad favorecía la invasión. Luego destruyamos esa autoridad,

José Victorino Lastarria: Nació en Rancagua en 1817. Hizo sus primeros estudios en el Liceo de Mora, y los terminó en el Instituto Nacional. Se recibió de abogado en 1839. Después de haber desempeñado diversas clases particulares fué nombrado profesor del Instituto. Desempeñó después los cargos de diputado, senador, Ministro de Estado, Ministro Diplomático y Ministro de las Cortes de Justicia. Murió en 1888.

Su labor en pro del adelanto científico, político y literario de Chile es enorme. En 1842 fué el jefe del movimiento literario. Fundó como hemos dicho la Sociedad Literaria, cuyo órgano de publicidad fué El Crepúsculo, y abrió el primer certamen nacional. En 1848 fundó la Revista de Santiago, la publicación más apreciada de su tiempo; en 1859 el Circulo de Amigos de las Letras, y en 1873, la Academia de Bellas Artes, dos centros literarios que influyeron considerablemente en la cultura del país. Sus obras abarcan varios géneros. Escribió algunas poesías que carecían de inspiración, y varios cuentos, algunos de índole satírica de cierto mérito, pero que revelan sin embargo que ese no era el campo de este gran escritor. Poseía grandes dotes de observador y un espíritu muy sensible a las bellezas naturales. Por eso sus recuerdos de viajes son tan interesantes.

Es autor de muchos libros de literatura y ciencias pero el principal para nosotros es el titulado Recuerdos Literarios, en que cuenta, algunas veces con parcialidad, pero siempre con altura y franqueza los sucesos

literarios en que tomó parte desde 1842. Es una verdadera historia llena de detalles interesantes, en la cual aparecen con gran relieve muchas de las más grandes figuras chilenas, de quienes fué maestro y amigo. Lastarria era un hombre altivo, resuelto y enérgico. Las dificultades, lejos de acobardarlo, tenían el poder de impulsarlo a una acción pronta, que las más de las veces lo llevó a la victoria en sus empresas.

Sus ideas liberales avanzadas, expresadas con valor y franqueza, fueron conocidas por la juventud desde su primer discurso y mantenidas sin vacilación durante su larga vida.

Sus obras principales además de los Recuerdos Literarios son Historia Constitucional de medio siglo, Lecciones de Política Positiva y Derecho Público Constitucional.

El Semanario

DE LOS «RECUERDOS LITERARIOS»

La organización de la Sociedad Literaria y la agitación producida por el discurso inaugural y por la polémica, que continuaba todavía, nos facilitaban la realización de nuestro propósito; y desde luego nos consagramos a preparar la publicación de un Semanario Literario, para dar a luz las composiciones que aquella corporación calificase de más dignas, y sobre todo para insertar traducciones hechas con el objeto de propagar las nuevas ideas y de fomentar el buen

gusto y el cultivo del arte. Contábamos con la cooperación de Núñez, quien se encargaba de explotar la literatura francesa contemporánea, y con la de Francisco Bello, el cual daría a conocer la literatura inglesa, que le era muy familiar. Ambos participaban de nuestras ideas literarias y de nuestras esperanzas, sobre todo el segundo, con quien nos habíamos intimado desde años atrás, haciendo los estudios jurídicos que su padre había dirigido y el de derecho canónico, que juntos emprendimos privadamente por un compendio de Devoti escrito en latín, porque nos había parecido sumamente deficiente e imperfecto el Enquiridión que servía de texto, o más bien de programa, en el Instituto Nacional, por los años de 1836.

Francisco Bello tenía una educación clásica eminentemente británica, y estudiaba la literatura española, no con el amor y veneración que nuestros demás condiscípulos, sino con cierto despego que nacía de la diferencia de ideas y tendencias de las civilizaciones que representaban aquella literatura y la inglesa. Francisco era un joven linfático y casi tísico, de semblante pálido mate, hermoseado por una cabellera de azabache y por grandes ojos negros cuya melancolía revelaba que soñaba en su temprano fin. Era modesto y frío, no participaba de intereses ni de ideas políticas, hablaba siempre en voz baja, con un chiste melancólico que le era habitual, y que él realzaba con su fina percepción de toda deformidad, y con su feliz memoria de los donaires de escritores ingleses y latinos. Ya había escrito su gramática latina, como profesor del Instituto, y como tal lamentaba siempre que hubiera

tenido tan corta vida una sociedad literaria que en otro tiempo organizamos los profesores de aquel establecimiento; y nos estimulaba a que diéramos consistencia a la de los jóvenes que nos habían dado su dirección.

Por este motivo se había asociado a nuestra empresa del Semanario.

Mas un día Bello nos llamó a nombre de su padre para hablar de aquella empresa. La entrevista con el maestro fué larga y de gran interés para nosotros. Esta era la primera vez que él se ingería en el movimientoliterario de 1842, y lo hizo aconsejándonos que no hiciéramos un periódico exclusivo, de una sola doctrina literaria, de un partido; porque debíamos aparecer todos unidos, cuando nuestro primer deber era vindicar nuestro honor literario, demostrar nuestro común progreso intelectual y afirmarlo; porque el nuevo movimiento iniciado por nuestro discurso podía así ser bien servido, sin sublevar recelos, sin enajenarnos el apoyo y la cooperación de tantas inteligencias distinguidas; porque nuestras fuerzas y las de nuestros jóvenes compañeros no bastarían a mantener dignamente la publicación, de modo que rivalizara con el Museo y la Revista de Valparaiso; y sobre todo porque un periódico de bandería literaria, en las circunstancias, era ocasionado a peligros políticos, y más que eso, al peligro de que no pudiéramos dirigir y moderar la impetuosidad juvenil, que tal vez podría sublevar tempestades.

Esta última razón vino a tener su confirmación, dos años más tarde, en el fracaso del *Crepúsculo*; y en

aquellos momentos nos paralizó, y contribuyó a que no insistiéramos en la discusión de las demás, y a que nos resolviéramos a seguir el consejo del señor Bello, precisamente porque lo que más temíamos, lo que siempre habíamos procurado evitar, era comprometer, con los peligros de la política, nuestra acción en la enseñanza y la escuela reformista que deseábamos fundar. Eso sí, imaginamos al instante neutralizar la influencia de los escritores conservadores que eran sus discípulos, y que él muy impresionado por la necesidad de defender el honor nacional, nos prometía ver y comprometer, proponiéndole que nos asociáríamos también a los jóvenes más distinguidos del Instituto, proposición que él aceptó sin trepidar.

El momento para nosotros era muy crítico. Hacía seis años que proseguíamos con tenacidad en la enseñanza un plan verdaderamente revolucionario contra las doctrinas políticas dominantes, contra las rutinas y preocupaciones que dirigían el desarrollo intelectual de la juventud, adhiriéndola al sentimiento y a las prácticas de la atrasada civilización española, que nosotros creíamos funesta a nuestro porvenir democrático, y contra la literatura que representaba a ese pasado. Teníamos una verdadera pasión por este plan, la cual nos alienta todavía, pero entonces comprendíamos que no podíamos desarrollarlo con violencia, que no debíamos hacer lo que hemos hecho más tarde-luchar de frente,-porque no teníamos elementos, porque avaluábamos nuestra impotencia personal, lo que habría sucedido, si nuestro plan hubiera sido hijo de una soberbia juvenil.

¡Ah! Si tal hubiera sido el móvil, mayores facilidades

nos habrían estimulado a hacer lo contrario, y la fe en el grandioso porvenir de Chile nos habría abandonado mil veces, en presencia de tantas dificultades, de tantos contrastes, desengaños, penas y pobrezas, como hemos hallado en una sociedad incapaz de apreciar nuestra acción, y supeditada por un fuerte espíritu conservador, que sus potencias dominadoras mantenían a todo trance. Hasta la pequeña fama de literato, que entonces habíamos alcanzado, perjudicaba a nuestra profesión de abogado, que no nos servía para vivir, porque se decía que no sabíamos de derecho por entender de letras; así como después nuestra fama de hereje nos ha privado de clientela, forzándonos a buscar en la industria y en otras ocupaciones el trabajo que nos han negado nuestros compatriotas, en castigo de nuestro empeño por la reforma.

Eso no es más que la justa pena, la sanción natural, que nos ha caído por haber faltado al precepto de moral que nos impone el cumplir primero los deberes para con nosotros mismos y nuestra familia, antes que los que tenemos para con nuestra patria y para con la humanidad. Y por lo mismo que nos resignamos a esa ley de nuestra naturaleza, rechazamos la pena que, sin derecho ni motivo plausible, quieren imponernos nuestros contemporáneos, al callar nuestro nombre, cuando aluden al movimiento literario que a tanta costa servimos, y cuando hablan del Semanario, atribuyéndolo a quienes no corresponde, tal vez porque suponen y mantienen equivocadamente la idea de que este periódico fué el iniciador de aquel movimiento; siendo la verdad que él vino después a ayudarlo, en

cierto sentido, como se deja ver por la historia de su orijen que estamos narrando. Podrá parecer prolija esta historia, pero para nosotros es de gran interés, como puede ser una operación de guerra para los militares, a quienes les es permitido presentar su hoja de servicios.

Contando con Francisco Bello y José María Núñez, con Juan N. Espejo y la cooperación de los demás jóvenes de la Sociedad Literaria el señor Bello nos asoció a Salvador Sanfuentes, a Juan E. Ramírez y a M. A. Tocornal y nosotros recabamos y obtuvimos el concurso de A. García Reyes, de A. Varas, de M. González, y de Manuel Talavera y de Joaquín Prieto Warnes, a los cuales encargamos de la crítica dramática. Talavera se encargó de traernos la cooperación de J. J. Vallejo, que residía en Copiapó, y que a la sazón publicaba en El Mercurio de Valparaíso sus artículos de costumbres.

El directorio se organizó con los redactores principales, excluyendo a los cooperadores, que después fueron Hermógenes de Irisarri, Jacinto Chacón y A. Olavarrieta; y se convino en congregarnos una vez por semana, en el Instituto Nacional, habiendo celebrado la primera reunión en la habitación que allí tenía Núñez, y las demás en la de Varas.

El primer acuerdo del directorio dió al Semanario el carácter de un periódico de intereses generales, y no exclusivamente literario, como nosotros nos habíamos propuesto; yse dejó a cargo nuestro la edición y responsabilidad ante la ley y el impresor, por lo cual nos

correspondió la propiedad del periódico. García Reyes se consagró con interés a ayudarnos en la edición.

El Semanario apareció el 14 de Julio de 1842, contando con una suscripción que no alcanzaba a saldar sus gastos. López, que puso término en aquel mismo mes a la Revista, lo recibió en la Gaceta de Valbaraiso. haciendo una crítica severa de una ligera poesía de Prieto Warnes, que contenía el primer número, bajo el título de «Un suspiro y una flor»; y Sarmiento, en El Mercurio, lo saludó con elevación, lamentando que se dijera en el prospecto que este diario tenía un interés efímero, y concluyendo, después de muy largas consideraciones sobre la misión de los escritores americanos, con estas palabras: «Si todos nuestros jóvenes estuvieran persuadidos de estas humildes verdades, no veríamos a cada paso el escándalo que da nuestra polémica periodística con la irritación que excita una idea nueva, y los insultos y vejaciones que llueven sobre el que la emite, o el que pone en duda la verdad de ciertas doctrinas recibidas por la juventud como inconcusas.»

José Joaquín Vallejos (JOTABECHE): Nació en 1811 en Copiapó. Estudió primeramente en La Serena, después en el Liceo de Chile de Mora y finalmente en el Instituto Nacional, en donde siguió los cursos de leyes, pero no alcanzó a recibirse de abogado.

En su juventud fué muy pobre y estuvo algún tiempo como dependiente de una tienda. Más tarde fué nombrado Secretario de la Intendencia de Maule, y en 1843, cuando se fundó la Universidad, miembro académico de la Facultad de Humanidades. Habiéndose trasladado a Copiapó, se dedicó a la industria minera, en la cual hizo su fortuna. Fué corresponsal de El Mercurio de Valparaíso al cual envió algunos de sus artículos que llamaron la atención por la viveza y gracia de su estilo. En 1845 fundó en su ciudad natal un diario llamado El Copiapino, en el cual publicó muchos de sus más importantes trabajos literarios. Después lo eligieron diputado, pero no se avino con la política; Jotabeche no era orador.

En la Revolución de 1851 fué partidario del Gobierno, y prestó en Copiapó importantes servicios a la causa del orden.

En 1852 fué enviado como Ministro Plenipotenciario a Bolivia, pero su misión fué desgraciada. Se retiró después a vivir a Copiapó, en donde murió en 1858.

Fué nuestro primer prosista genuinamente chileno y nuestro mejor escritor de costumbres. Ha sido llamado por algunos *El Larra Chileno*.

Aún cuando hay algunos puntos de contacto entre Jotabeche y el celebrado autor español, no fué el escritor chileno un imitador servil de Larra. En los artículos alegres de Jotabeche no aparece la crítica hostil ni el pesimismo del autor de El Castellano Viejo.

Vallejos escribió sus interesantes artículos críticos y de costumbres con el seudónimo de Jotabeche, que corresponde a las iniciales de don Juan Bautista Chenau, un argentino muy ocurrente que vivía entonces en Copiapó y a quien muchos le atribuyeron los referidos artículos.

Se han publicado varias ediciones de las obras de Jotabeche; la más completa es la que ha hecho últimamente la Biblioteca de Escritores Chilenos. Han escrito estudios interesantes sobre Jotabeche, don Diego Barros Arana, don Miguel Luis Amunátegui, don Benjamín Vicuña Mackenna, don Gonzalo Bulnes y don Abraham König.

¡Quién te vió y quién te vé!

Pocos pueblos habrán tenido una infancia tan larga y más parecida a la decrepitud que la villa de San Francisco de la Selva, hoy ciudad de Copiapó, capital de la provincia de Atacama. Pero también es cierto que muy pocos harán un progreso más rápido y más a vista de ojo que el que en estos últimos años le ha venido la gana de recorrer a nuestro amado rincón. Se puede decir de él lo que del niño, que de repente sufre un gigantesco desarrollo: se le ve crecer.

Todos aquellos de mis paisanos que no quieran hacerse criaturitas de ayer, recordarán lo que era esto, treinta, cuarenta o cincuenta años há: un asiento de ruinas con sus cinco o seis trapiches de oro o plata; y este oro o plata el único aliciente que, allá por la muerte de un obispo, solía atraer a algún especulador valiente como el que en nuestros días lleva sus añiles y chaquiras muy al interior de las tierras de Arauco.

Los algarrobos, chañares y dadines, no sólo dividían las propiedades unas de otras, sino que sombreaban

las habitaciones e invadían los patios y aceras de las calles. En la plaza principal crecían, según es fama, estas plantas indígenas en la misma libertad y paz que antes que Diego de Almagro viniese desde el Perú a alborotar este entonces silencioso valle.

Un subdelegado de los Reyes Católicos gobernaba en toda la jurisdicción de Copiapó, precisamente como gobiernan hoy en Chañarcillo y San Antonio los subdelegados de la República. Me explicaré: tenía el encargo de hacer el bien, dejándoles al mismo tiempo todo el poder, facultades y multas para obrar, si querían, el mal. El pueblo semejaba entonces un vasto monasterio de ambos sexos, en que se vivía, se comía y se dormía a golpe de campana. De madrugada, los llamaba a misa el cura; a las doce del día, tocaba la agonía de las ollas el sacristán; a la oración, vuelta a sonar la campana para que todos fuesen a bostezar en la leyenda y la distribución; y más tarde, a eso de las diez, se tocaba a la queda, hora en que el subdelegado mandaba a su gente que se acostase a dormir y apagase las luces, so pena de ocho días de trabajo en el cuartel o multa de tantos pesos. Entonces sabían que los pesos eran para el subdelegado; hoy nadie sabe a punto fijo el abismo a donde van a parar.

En aquel tiempo, sólo había algunos ricos y un hormiguero de pobres, tan pobres como Adán. Los primeros formaban la corte del subdelegado; todos eran alféreces reales, maestros de campo y compadres del subdelegado: única condecoración que hasta hoy se conserva con sus preeminencias y propinas; las otras han vuelto a lo que eran, se han vuelto humo.

El solo asunto conocido por entonces por de interés público y que alcanzaba a conmover la comunidad extraordinariamente, parece haber sido el turno de aguas. Hubo autoridad apedreada por el pueblo a consecuencia de haberlas distribuído favorablemente entre los ricos; y hubo otra que, habiéndolas repartido no al gusto de éstos, necesitó atacarlos con el pueblo hasta incendiar sus sementeras, para plantear la reforma.

No se conocía otra policía que la muy inquisitorial ejercida por el cura de la parroquia, cuyas atribuciones no se limitaban a casarle a usted contra su voluntad, sino que también le metía a usted a la cárcel o le desterraba a usted del redil con una excomunión mayor.

Los comendadores de la Merced y guardianes de San Francisco constituían otro poder terrible. De consiguiente, encompadrarse con ellos se tenía por el gran honor de aquel entonces; recibir sus visitas por una bendición de Dios, y no caerles en gracia, por el conjuro, la piedra más pesada que podía aplastar a un individuo.

Las reuniones de familia poco se usaban por la noche: y sólo cuando ocurría un casamiento, un óleo u otro motivo de regocijo, armábanse algunos zaragates. El minué ejecutado por la primera notabilidad femenina, regularmente no por la mejor moza, abría la sesión; después de lo cual todas las demás tenían permiso para salir a su vez, a dar ese paseo donairoso, esa exhibición de gracias y de bellezas a que se halla reducida esta magnífica antigualla. La etiqueta de romper el baile con un minué aquélla que se consi-

deraba reina de un estrado, fué por largo tiempo un motivo de querellas y quejas contra las preferencias. Pero después se entabló que esta prerrogativa la tendría precisamente la más entrada en años: con lo que hubo vez que ninguna quiso recibir tan disputados honores. En todos tiempos la mujer ha sido incomprensible.

El ajuar de la pieza principal de una casa consistía en un largo tarimón, con una alfombra por encima y una madriguera de ratones por abajo; sobre el tarimón y a lo largo de la muralla, una fila de cojinillos semimoriscos con espalderas de zaraza o zagalejo, a guisa de colgaduras. Este era el asiento exclusivo de las damas, y ningún hombre que no fuera fraile de campanillas, podía profanar aquel sagrado.

En una de las cabeceras del estrado, se arrepollaba sobre una pequeña alfombra la dueña de casa, teniendo siempre a su lado una cajuela cubierta con mosaicos de plata y de concha de perla. Al frente de este aparato, se veían un escaño y varios taburetes de madera; tan propiamente madera, que sólo le faltaba arraigarse yretoñarse: aquí se acomodaba el otro sexo. Debajo del escaño y taburete, dormían las palomas caseras, tejían sus telas las arañas, guardaban las chiquillas sus muñecas y las niñas sus zapatones más usados; y como nunca pasaba por ahí la escoba, no era de admirar que saliese también uno que otro chañarcito. Completaba el menaje una mesa enorme, por lo regular de sauce, sobre la cual vivían en perfecta armonía los santos milagrosos de la familia, el mate y el zahumador de plata, un cajoncito de espejo, un florero bien surtido, varias baratijas y el gato regalón de la señora.

Tal era, poco más o menos, Copiapó en aquellos días de su larga infancia. Así vegetó por cerca de un siglo, sin que la vida de sus habitantes experimentase otras crisis que las ocasionadas por algunos descubrimientos de minerales, o por los fuertes terremotos que se dejaban sentir aquí de vez en cuando.

La revolución de la Independencia alcanzó a convulsionar estas costumbres y este modo de estar de de nuestro pueblo, no obstante su aislamiento del teatro de los sucesos y reformas. Ella introdujo cierta fermentación en la vida de inercia que se llevaba; y como en todo el territorio los hombres vieron que se podía pensar y obrar; pensaron y obraron en un círculo más extenso que aquel que hasta entonces tenían por descubierto.

Vicente Pérez Rosales: Nació en Santiago en 1807 Su vida es un tejido de aventuras pintorescas e interesantes.

Alumno en sus primeros años en un colejio de Mendoza, grumete luego de un buque inglés cuyo cruel comandante lo arroja desamparado en una playa insalubre, y discípulo más tarde de Silvela en París, se convierte a su vuelta a la patria sucesivamente en campesino, comerciante, contrabandista y minero.

En este último oficio recorre el norte de Chile y llega hasta California tras el vellocino de oro de aquel nuevo.

El Dorado para volver a Chile tan pobre como salió·

En 1850 fué nombrado agente de colonización en el Sur e instaló las primeras familias germánicas que llegaron a Chile.

En 1855 fué nombrado Cónsul de Chile en Hamburgo y allí escribió un libro titulado *Ensayo sobre Chile* para dar a conocer nuestro territorio y atraer hacia él la emigración. A su vuelta definitiva al país fué designado Intendente de Concepción y más tarde elegido senador.

Murió en Santiago en 1886.

Su obra principal es la titulada *Recuerdos del pasado* en la que narra con viveza y colorido los principales sucesos de su vida aventurera.

De este libro se han hecho tres ediciones. La última por la Biblioteca de Escritores de Chile, lleva un prólogo de don Luis Montt.

Desastroso regreso a Chile

Supe que la noche del duodécimo octavo día de mi llegada a Calingasta, un cabo de sabanillas coloradas, que eran mi eterna pesadilla, había hablado con un vecino, quien, dirigiéndose en el acto a mi huésped, le había dicho que no era cierto que yo fuese chileno, sino que era boliviano, y boliviano de suposición, enviado por el general Santa Cruz, quien sabe con qué propósito, a la Rioja y a San Juan; terminando aquella inventada suposición con encarecer lo mucho que se

exponía si me sorprendían en su casa, donde sabía que me iban a aprehender.

Al instante acudieron a mi mente el olvido de pasaporte, mi detención y mi travesura de San Carlos, mi precipitada fuga, y cuantos motivos de justo terror podían perturbar la tranquilidad de un extranjero colocado en mi situación en aquel lugar, tan infeliz entonces y como el afán de mi pobre huésped porque yo partiese cuanto antes de su casa me hiciese comprender que no había un solo instante que desperdiciar, hechos con la más insólita precipitación los aprestos de mi viaje para Chile, horas después de aquel terrible aviso y favorecidos con las sombras de la noche, mi intrépido Campos y yo, con solo cuatro caballos y una mula cargada, abandonamos la hospitalaria casa del asustado Gómez. Seguimos, pues, mal de nuestro grado, el poco práctico sendero que conduce desde Calingasta al conocido boquete de la cordillera de Agua Negra.

Ya los calores de Octubre comenzaban a derretir las nieves que los inviernos acumulan en los encumbrados pasos de los Andes, pasos que en el norte se abren más temprano que en el sur, sin dejar por esto de ser peligrosos para el viajero que primero se aventura en ellos.

Las nevazones invernales que ostentan imponentes con su blancura nuestras sierras, son ante los ojos del viajero que a la distancia las contempla, harto más poderosas de lo que parecen desde lejos. Pocas veces graniza en la sierra y sólo dos he visto nevar con viento; y es tal la cantidad de nieve que siempre

cae en forma de leves plumas de aves que se mecen, bajan, suben y remolinean en la tranquila atmósfera, que hasta llegan a tapar la vista, pues, ni la mano de un brazo tendido hacia adelante puede verse. La nieve del invierno cordillerano no moja, y el viajero sorprendido por ella puede caminar horas enteras si es muy baqueano, porque, de lo contrario, muere perdido, llevando intactas en el sombrero, en los hombros y en cuantos puntos pueden sujetarse, las leves plumas que lo blanquean.

La nevazón todo lo calma, todo lo empareja; las desigualdades de las altiplanicies se nivelan con ella, y las primeras quebradas que arrancan de las alturas se borran en tanto grado que, transformado el aspecto gráfico del paisaje, sólo un experimentado baqueano, y no siempre, puede designar dónde está el suelo firme y dónde la trampa de fofa nieve que encubre un abismo aterrador.

Pasado el invierno, con la alborada de la benigna estación nacen para los primeros viajeros nuevos peligros. Con el calor del día el agua que se forma sobre la superficie de las nieves se lanza con estruendo cuesta abajo, formando, a través de las rocas y de los precipicios por donde se despeña, peligrosísimos torrentes.

Con los fríos de la noche cesa la licuación de la nieve, acuden las heladas, y con ellas, en la siguiente madrugada, encuentra el viajero, en lugar de la fofa nieve que pisaba el día anterior, una costra de hielo endurecido que, por lo resbalosa, soporta, sin romperse, el peso del caballo, o no le permite asegurar al

uña, o le derriba al suelo; y si por el contrario no le soporta, a cada rato le hunde en la nieve hasta los pechos.

Pero todos estos contratiempos serían tortas y pan pintado para el viajero, si no tuviese que pasar laderas inclinadas con hondos precipicios por remate. El nombre solo que muchos de estos pasos llevan, indica lo que son. Llámanlos los huasos ¡Imposibles! Por esto dijo con tanto chiste como razón, un ingeniero español, hablando de ellos:—«Sólo el diablo habrá podido pasar por aquí siendo joven, porque ahora juro que no lo haría!»

Con todo, a fuerza de constancia y de fatigas, vencimos la cumbre, habiendo dejado en la demanda dos de nuestros caballos, pero sin que esto nos desanimase, porque no apurando mucho a los dos que nos quedaban, podíamos con ellos alcanzar las primeras habitaciones chilenas que existen en el camino cordillerano de Elqui.

Seguimos, pues, cuesta abajo el rumbo que conduce a la Laguna, luchando con las nieves del fondo de una quebrada, cuyas alturas ostentaban por entre la blanca sábana que las cubría, las rocas de sus negros crestones, hasta que acosados por el frío, el hambre y el cansancio, dimos a inmediaciones de la Laguna con una de las muchas cuevas o cavernas que exentas de nieves, suele la piadosa naturaleza poner en los Andes al alcance del viajero.

En uno de los rincones de aquel oscuro retrete, cuya entrada defendía de la acción del viento rústica pirca, encontramos, con la más grata sorpresa, el único tesoro que podía entonces salvarnos; un pequeño acopio de huano de caballo, precioso e impagable combustible que el viajero andino recoge siempre, y siempre economiza para que pueda servir al que le sigue por el mismo camino. Allí tomé lo que llamaba mi buen Campos café, que no es otra cosa que un cacho de agua caliente con un puñado de tierra adentro, y que se bebe en cuanto ésta se asienta. Esta bebida, que para los de fuera puede tener el nombre que quisieren darle, no es para despreciada en las alturas cordilleranas, sobre todo cuando se padecen afecciones asmáticas. No sé si los pulmones necesitan o no aspirar un aire menos purificado que aquel que se aspira en las supremas alturas, ni si la tierra, trabajada por el agua hirviendo, dota al aire que se aspira al beber de aquellos fluidos térreos de que el aire rarificado carece; lo cierto es que mi fatigada respiración volvió a su estado natural, y que mediante semejante café v un pedazo de charqui a medio calentar, dormí aquella noche como un lirón.

Hacía rato, al siguiente día, que la manta del pobre, como llamaba mi sirviente al sol, se encontraba extendida sobre la deslumbradora superficie de aquella Siberia donde nos encontrábamos, cuando terminado el último sorbo de mi matinal cachada de café, nos pusimos en marcha en busca del cajón del río Turbio, que comienza del otro lado de la Laguna. Caminamos un rato con cautela contemplando nuestras descomidas cabalgaduras, entre la recia cordillera de Doña Rosa, que dejamos a la espalda, y la escarpada de Doña Ana, que parecía cerrarnos el paso por el lado del norte.

Como entre estos dos poderosos macizos se encuentra el altísimo depósito de aguas que sin otro nombre que el de La Laguna constituye una de las principales fuentes del río Elqui, fué preciso aventurarnos por una de las peligrosas laderas de su escarpada margen para entrar en un hondo cajón que debía conducirnos a poblado.

Entre esta laguna congelada, cuyo diámetro no me pareció medir arriba de un kilómetro en su mayor anchura, y la inclinada altura por donde debíamos pasar, existía entonces un Imposible que, aunque corto, lo era y en sumo grado. La idea de que el menor accidente podía lanzarnos desde aquella altura al fondo de tan aterrador abismo, me hizo desde luego estremecer. Volver sobre nuestros pasos era imposible; proseguir, lo parecía también; mas, como entre la seguridad de perecer de hambre y petrificado por los hielos, o la dudosa de perecer despeñado, no hubiese que titubear, a la mano de Dios, dijimos y picamos los caballos.

Sujeto el resuello, como sucede siempre en estos lances y fija la vista donde ponían los inseguros pasos nuestras cabalgaduras, que a cada momento resbalaban, íbamos ya venciendo aquel peligro, cuando la mula de carga, impulsada por el vaivén de una violenta caída, sin ser parte a animarla nuestros gritos, se fué por el resbaladero cuesta abajo, al mismo tiempo que turbado mi caballo por alguna imprudente sofrenada, hija de aquella deplorable escena, cayó también de costado, y arrojando lejos al jinete, siguió el forzoso rumbo que condujo al precipicio a su des-

venturada compañera! Un instante después dos inolvidables estruendos nos anunciaron que ya no volveríamos a ver más a aquellos dóciles y generosos brutos que hasta entonces nos habían acompañado. Aturdido con el golpe, atravesada el alma y presa deun vértigo que no puedo expresar, debí luego a la serenidad de Campos mi salvación. Este fiel compañero, corriendo serio peligro, porque los malos pasos se andan mejor a caballo que a pie en las cordilleras, me alzó solícito del suelo, me serenó y un momento después a fuerza de brazos y clavando en el resbaladizo suelo nuestros puñales para asirnos de ellos, logramos trasponer el imposible.

Quedábanos, pues, por todo equipaje lo encapillado, el caballo y la montura de Campos, y por todo alimento un cuarto de guanaco que yo había cazado dos días antes y que por fortuna no había corrido la suerte de lo demás.

Según los cálculos de mi buen compañero, teníamos aun que caminar como diez leguas hasta llegar a Filo, que era la posesión habitada más cercana a nosotros en aquella sierra.

Pero no quiero cansar ni cansarme yo refiriendo vulgares padecimientos de viajes. Estoy por el laconismo de la Monja Alférez cuando refirió en cuatro renglones la brava historia de su brava vida.

Caminé a pie, dormí entre rocas, trepé cerros, descendí laderas, sufrí fríos, aguanté el cansancio, me mantuve tres días con solo una cachada de sangre caliente del pobre caballo que nos quedaba, y si no hubiese sido por la robustez de Campos, quien me dejó atrás para adelantarse a buscar socorro, y por el humano proceder del señor Sagüez que acudió a salvarme, es seguro que entre el río Turbio, invadeable para un hombre debilitado, y las rocas de su margen al sur del torrente de los Piuquenes, se hubiese encon trado algún tiempo después, junto con un esqueleto humano, una cartera lacre que aún conservo, y en la cual se encuentra escrito con lápiz mi temprano epitafio.

Doctor Nicolás Palacios. 1854-1911

Sirvió de cirujano en la guerra del Perú, y viajó después por varios países de Europa estudiando en las bibliotecas y museos los problemas étnicos que tanto lo interesaban y que iba a tratar después de un modo revolucionario en su famoso libro sobre la Raza Chilena.

En los últimos tiempos estuvo largos años como médico de algunas oficinas salitreras en donde conoció a fondo la vida esclavizada y el esfuerzo indomable de los trabajadores chilenos, para quienes fué un verdadero padre que dedicó a su ayuda y mejoramiento cuanto ganó con su profesión.

Su libro Raza Chilena escrito con el modesto seudónimo de Un Chileno, en el que estudia los caracteres étnicos de nuestro pueblo y las buenas y malas cualidades que le pertenecen ha sido traducido a varios idiomas, alabado y maltratado por eminencias de Europa y América en cuanto a las teorías que expone, pero unánimemente elogiado como un verdadero monumento de nuestra literatura nacional.

Rasgo dominante de la sicología del mestizo Rapidez con que nacía la segunda generación

Desde que estuvieron en estado de cargar armas, los hombres de la naciente raza se enrolaron en el ejército, a cuyas honrosas filas los impulsaban las dos naturalezas que unió el destino para formar la suya. Las aptitudes militares del roto chileno fueron unánimemente reconocidas desde que apareció en la escena del mundo. Uno de los cronistas de aquel tiempo, que escribió con el propósito deliberado de denigrar a los araucanos y a sus mestizos, González de Nágera, no puede menos de reconocer esa cualidad del roto primitivo tan evidente para todos los lectores de su escrito.

Dice: Los mestizos de Chile entre sus naturales defectos tienen una cosa buena que es ser por excelencia buenos soldados (en lo cual aventajan a todos los demás mestizos de las Indias, así también como los niños indios a los demás en ser belicosos).

Este autor conoció y mandó a los mestizos de la segunda generación nacidos después de 1570.

Esta segunda generación nacía en tanta abundancia como la primera y como las que siguieron, pues los hábitos de los conquistadores no se modificaron hasta mucho después, y en cambio los mestizos seguían las costumbres de sus padres.

Pero es conveniente recordar siempre que esa rapidez con que es estableció la amplia base de nuestra raza no tiene comparación en la historia de ningún pueblo.

Un hecho como prueba de los muchos que recuerdan las crónicas: En Chillán, recién fundada por Ruiz de Gamboa en 1580 había una guarnición de 210 hombres, 50 de los cuales estaban recién llegados de España. El número de mujeres que acompañaba a esos hombres debía de ser muy crecido, pues que el cronista Mariño de Lobera, capitán de ejército en esa misma fecha, refiere que hubo semana en que nacieron 60 niños.

Es la primera fe de bautismo del roto chillanejo. Habiendo cesado desde tres o cuatro generaciones atrás la afluencia de las sangres primordiales, son sólo los mestizos entre sí los únicos que han continuado reproduciéndose, de modo que el mestizo equilibrado, el prototipo de la raza, que describiré más adelante, es cada vez más numeroso hasta formar a la fecha, según mis cálculos, el 70% de la población del país. Dos o tres generaciones más y Chile podrá contar con una de las razas más uniformes del mundo entero.

Para ello es necesario que estos conocimientos se difundan entre los que dirigen el porvenir del país y que les den la trascendental importancia que encierran.

Principales condiciones biológicas y sicológicas que favorecieron la uniformidad y la estabilidad de nuestra raza.

Cuatro principales son las afortunadas condiciones que han hecho posible el caso feliz para nuestra patria y tan raro en la historia de las razas humanas de la formación de una raza mestiza permanente.

La primera es la que acabamos de analizar: el que el número de los elementos componentes haya estado reducido al mínimum, esto es a solo dos, hasta que la raza era ya numerosa, lo que ha hecho relativamente fácil hallar la proporción en que el poder vital de los elementos étnicos conjugados se equilibran.

La segunda es que dichos elementos poseyeran sicologías semejantes, lo cual ha impedido que el proceso llamado por el sociólogo Laponge «selección social» tendiera a la separación de las naturalezas originales.

La tercera, que cada una de las razas aportara durante todo el tiempo que duró el mestizaje un solo elemento sexual, lo que ha contribuído grandemente a la rápida uniformación del ser intermediario.

La cuarta, que las dos razas primitivas fueran lo que se llaman razas puras, esto es, que poseyeran cualidades estables y fijas desde gran número de generaciones anteriores.

Debo también recordar que nunca hubo en Chile esclavos negros empleados en las faenas agrícolas o mineras. Los escasos africanos que fueron traídos al país quedaron en las ciudades de caleseros o domésticos en las casas ricas. Sólo los jesuítas poco antes de su expulsión, habían empezado a traer negros para ocuparlos en el campo. Cuando se decretó su salida del país, se encontraron en sus numerosas haciendas algunos centenares de esclavos de esa raza, los que fueron vendidos en el extranjero por cuenta del Real Tesoro.

EL PERIODISMO

El movimiento literario que empezó en 1842 tuvo también su efecto sobre la prensa.

Los emigrados argentinos eran casitodos periodistas de lucha que provocaron polémicas y pusieron de actualidad diversos asuntos que se debatieron en los diarios y revistas de esa época con singular calor y energía.

Ya hemos dicho que la famosa polémica sostenida por Sarmiento y otros escritores argentinos desde las columnas de *El Mercurio*, con los autores chilenos que escribían en *El Semanario* y en otras publicaciones, despertó las dormidas actividades de la juventud que se lanzó al palenque en defensa de las letras nacionales. En esa cuestión tan debatida brillaron las plumas de García Reyes, Sanfuentes, Lastarria y Jotabeche.

Ocuparon también un puesto importante en el periodismo de ese tiempo don Hermógenes de Irizarri y don Jacinto Chacón.

Entre las figuras eminentes de este período, después del movimiento de 1842, debemos mencionar a Francisco Bilbao, que publicó en El Crepúsculo su célebre artículo «La Sociabilidad Chilena»; a don Juan N. Espejo, que recogió la herencia de Bilbao y fué uno de los fundadores del partido radical, cuyas ideas preconizaba desde las columnas de La Voz de Chile; y a los hermanos Manuel Antonio y Guillermo Matta.

Más adelante encontramos los nombres prestigiosos de Isidoro Errázuriz, Justo y Domingo Arteaga Alemparte y Vicente Reyes.

Errázuriz unía a su brillante verba de orador, su pluma de periodista enérgico y vibrante. Hizo sus primeras armas en *El Ferrocarril* y desde las columnas de *La Patria*, el valiente diario fundado y sostenido por él, apareció siempre como una figura sobresaliente del periodismo nacional.

Justo Arteaga Alemparte empezó a escribir en El País, pasó después a El Ferrocarril, que abandonó, según cuenta el señor Huneeus, en un arranque de altiva dignidad, y finalmente colaboró en La Libertad y en Los Tiempos. El y su hermano Domingo, el poeta, han dejado la fama de los periodistas más finos y agudos que ha tenido Chile.

Su obra Los Constituyentes de 1870, en que aparecen los perfiles de los miembros del Congreso chileno de su tiempo, es una de las mejores que en su género se hayan escrito en América.

Vicente Reyes tuvo igualmente una brillante actuación en la prensa de este período.

Fué colaborador y redactor de El Ferrocarril.

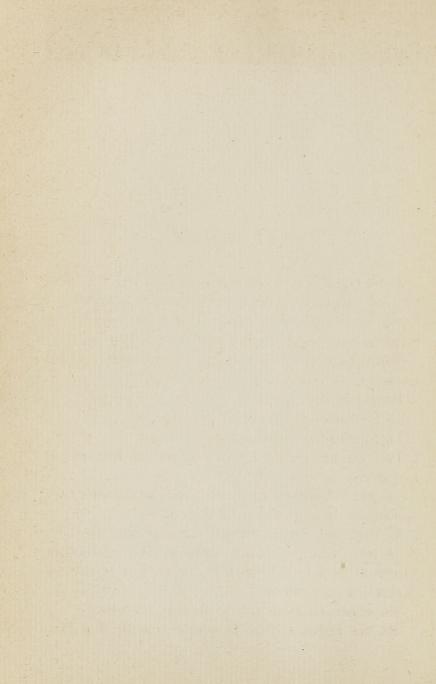
El enorme prestigio moral que rodea su gran figura de político liberal y doctrinario, dice el señor Huneeus, ha eclipsado casi hasta el olvido su talento de escritor.

Mencionaremos también a don Manuel Blanco Cuartín, don Zorobabel Rodríguez y don Rafael Egaña, periodistas conservadores, ardorosos campeones de sus ideas, que gozaronde gran notoriedad y que ilustraron además las letras chilenas como poetas y novelistas.

No cerraremos esta breve reseña sin dedicar un recuerdo a la memoria de Marcial Cabrera Guerra el valiente periodista de *La Ley*, el fundador de *La Vanguardia* y de otras hojas literarias que sirvieron para dar a conocer al país la juventud radical de hace 20 años

En la plenitud de su carrera ascendente cayó este luchador, vencido como Juan Coronel, en el combate de la vida y como él, con el cerebro roto por el peso de su enorme labor, fué recogido en una de las celdas del viejo caserón de la calle de Los Olivos.







APÉNDICE

A principios del último tercio del siglo XIX empezó en Chile un nuevo movimiento literario que, aunque no de tanta intensidad como el de 1842, sacudió los espíritus adormecidos y dió también sus frutos.

Varios hechos contribuyeron a este despertar de las letras.

Mencionaremos algunos:

La formación del Club del Progreso.

La fundación del Ateneo de Santiago.

Las tertulias de *La Epoca* y la sección literaria de este diario y

La paz y bienestar económico que se siguieron a la conclusión de la guerra del Pacífico.

El Club del Progreso tenía carácter científico. En él se leían con preferencia trabajos de investigación histórica, de crítica literaria o filosófica o de ciencias políticas i económicas.

En el Ateneo predominaba la nota literaria.

En sus sesiones, bajo la presidencia de don Ben-

jamín Dávila Larraín o de otro de sus directores, actuando de secretario general don Enrique Nercaseau y de pro secretario don Arturo Alessandri, desfilaron ocupando la histórica tribuna de Bilbao que aún conserva el Ateneo actual, todos los jóvenes que entonces se preocupaban del cultivo de la literatura.

Allí leyeron sus chispeantes artículos de costumbres Carlos Luis Hübner y Daniel Riquelme, sus graciosas reseñas en versos picarescos Alfredo Irarrázabal, sus artículos históricos, sus novelas cortas o sus críticas Domingo Amunátegui Solar, Jorge Huneeus, Nicolás Peña, Luis Navarrete Basterrica, Eduardo Lamas, Julio Pérez Canto y Alejandro Fuenzalida G.; sus versos Roberto Huneeus, Francisco Concha Castillo, Narciso Tondreau, Ricardo Montaner Bello, Julio Vicuña Cifuentes, Ricardo Fernández Montalva y otros.

De vez en cuando iban algunos de los maestros que la juventud de entonces respetaba, como don Eduardo de la Barra y don Luis Rodríguez Velasco.

El Clubdel Progreso y el Ateneo influyeron también en la cultura de esos años con la celebración de varios certámenes literarios que tuvieron gran éxito.

La Epoca, dirigida hábilmente por el doctor Orrego Luco, abrió sus puertas a los escritores jóvenes sin distinción de grupos.

En sus salones de redacción se reunían Rubén Darío, Pedro Balmaceda y la mayor parte de los nombrados más arriba.

En su sección de Literatura publicó Rubén Darío sus «Abrojos», muchos de los trabajos de «Azul» y sus cantos premiados.

Al estallar la revolución de 1891, el Gobierno clausuró *La Epoca* y la juventud dejó el Club y el Ateneo para enrolarse algunos, en el ejército constitucional y otros, en las filas del Gobierno.

Después de la revolución, el Club del Progreso siguió funcionando algunos años todavía; pero el Ateneo no resucitó hasta 1899 para continuar sesionando hasta la fecha.

Al empezar el último tercio del siglo XIX había ya declinado la influencia avasalladora de Espronceda y de Zorrilla. Quedaban todavía algunos discípulos e imitadores de Quintana que pulsaron la lira heroica durante la guerra de 1879 y que concurrieron a los certámenes abiertos después de 1886, con algunos cantos de gran sabor quintanesco.

Hasta Rubén Darío se presentó a ellos con odas patrióticas.

Pero ya empezaba a perfilarse la enorme influencia de Becquer en la juventud. El Club del Progreso, haciéndose eco en mala hora de esta corriente de imitación, abrió el certamen de 1887 a que nos henos referido ya, con fondos del filántropo don Federico Varela y fijó para la poesía como tema una colección de rimas becquerianas. Numerosas colecciones se presentaron y fueron premiadas las dos de don Eduardo de la Barra como se sabe.

Igualmente en ese tiempo empezó la devoción por Núñez de Arce, cuyos poemas, una casa editora de Santiago, derramó en ediciones baratas por todo el país. Hasta hace muy pocos años ha tenido este poeta en Chile fervorosos imitadores.

Parte de la juventud opuso a estos modelos de España los poetas y prosistas franceses. En este grupo se destacó luego con personalidad propia Emilio Rodríguez Mendoza, que se hizo conocido dentro y fuera del país con su seudónimo A. de Gery. Se hicieron notar también Pedro Balmaceda Toro, Gustavo Valledor Sánchez, René Brickles, Federico Gana, Abelardo Varela, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Marcial Cabrera y sobre todo Pedro Antonio González que se colocó a la cabeza de la joven caravana que buscaba la renovación de los viejos moldes.



PRINCIPALES PERIODICOS Y REVISTAS DE CHILE

1.-El Semanario.-1842-1843.

2.—Revista de Valparaíso.—1842. Directores: López, Gutiérrez y Alberdi.

3.—El Crepúsculo.—1843-1844. Fundadores: J. V. Lastarria, Juan N. Espejo y Juan J. Cárdenas.

4.—Revista de Santiago.—1848. Director: J. V. Lastarria.

5. — El Museo. — 1853. Director: Diego Barros Arana

6.—Revista de Santiago.— 1855. Director: Eusebio Lillo.

7.—La Semana.—1859—1860. Directores: los hermanos Arteaga Alemparte.

8.—Revista de Sud-América.—1860-1863. (Anales de la Sociedad Amigos de la Ilustración).

9.—El Correo del Domingo.—1862 Director: Diego Barros Arana.

10.—Revista del Pacifico.—1858-1861. Directores:

- G. Blest Gana, Jacinto Chacón, M. L. Amunátegui y J. V. Lastarria.
 - II. La Estrella de Chile. -- 1867-1879.
- 12.—Revista de Vulparaiso.—1873. Directora: Rosario Orrego de Uribe.
 - 13.—Sud-América.--1873-1874.
- 14.—Revista de Santiago.—1872-1873. Directores: Augusto Orrego Luco y Fanor Velasco.
- 15.— Revista Chilena. 1875–1880. Directores: Diego Barros Arana y M. L. Amunátegui.
 - 16.—Revista de Chile.—1881. Director: Luis Montt.
 - 17.—La Lectura.—1884-1885. Editor: Rafael Jover.
 - 18.—Revista de Artes y Letras.—1884-1890.
- 19.—Revista del Progreso.—1888–1890. Organo del Club del Progreso.
- 20.—La Estrella de Chile.—1892–1893. Director: Ra fael Luis Díaz Lira.
 - 21.—La Revista Cómica.—1896.
- 22.—La Revista de Chile.—1898—1901. Propiedad de S. Aldunate B., Paulino Alfonso, Luis Arrieta, Domingo Amunátegui Solar, V. Bianchi, Javier Figueroa, Víctor Grez, G. A. Holley, Alamiro Huidobro, Roberto Huneeus, Eduardo Lamas, Samuel A. Lillo, Alberto Mackenna, Carlos Newman, Francisco Noguera, Eduardo Opazo, Ernesto Reyes, R. del Río, G. Valledor y Julio Vicuña Cifuentes.
- 23.—La Revista Nueva.—1900-1903. Editor: Carlos Baldrich.
- 24.—Pluma y Lápiz.—1900. Director. M. Cabrera Guerra.



INDICE

	Páj.
	-
Bibliografía	7
Advertencia	9
Primer Período	II
La Araucana	13
El Arauco Domado	22
El Purén Indómito	28
Los Romances	29
Los improvisadores. El Padre López	30
El Padre Oteíza, el Padre Escudero y el capitán	
Mujica	31
Palladores	32
Historiadores y cronistas del 1er. Período	33
Pedro de Valdivia, Góngora y Mariño	34
Alonso Ovalle y Rosales	35
El abate Molina	36
Escritores místicos y didácticos	
Novelistas, Lacunza, Valdivia Febres y Pineda	37
La Instrucción en la Colonia	38
Segundo Período	40

	PAJ.
La Poesía.—Camilo Henríquez	42
J. J. de Mora	47
Mercedes Marín del Solar	48
El teatro	52
Tercer Período	53
Poetas.—Salvador Sanfuentes	55
H. de Irisarri	60
Eusebio Lillo.	62
Guillermo Matta.	67
Eduardo de la Barra	73
Guillermo Blest Gana	80
I. A. Soffia	83
D. Arteaga Alemparte	94
Pedro Antonio González	99
Pedro N. Préndez	106
Carlos Pezoa Véliz	108
El Teatro, Carlos Bello	115
Minvielle. Torres Arce	116
C. Walker M	117
Caldera. Rodríguez Velasco	118
La Novela. A. Blest Gana	119
Barros Grez, Vicente Grez, L. Brieba,	120
Martín Palma. Ramón Pacheco	121
Historiadores. Amunátegui	122
Barros Arana	123
Vicuña Mackenna	125
Sotomayor Valdés	126
Otros Escritores	127
Bilbao	128

	Páj.
	-
J. V. Lastarria	134
J. J. Vallejos (Jotabeche)	141
V. Pérez Rosales	147
Nicolás Palacios	155
El Periodismo	159
Apéndice	163
Principales Periódicos y Revistas de Chile	167

BIBLIOTECA NACIONAL

1 5 ABR, 1964

Secc. Control y Cat.

Critica Literaria

"SCRIBENDI RECTE SAPERE EST ET PRINCIPIUM ET FONS"
HORATIUS.

S. LILLO - A. GUZMAN

Literatura Chilena, por Samuel A. Lillo, Pro-Rector de la Universidad de Chile y Catedrático del ramo en el Instituto Nacional. Santiago de Chile, 1918. Casa Editorial "Minerva", M. Guzmán Maturana. Soc. Imprenta y Lit. Universo. In. 8.0 de 171 p.; rústica.

Viene este pequeño volumen a satisfacer una necesidad muy sen tida; la de un texto escolar que historie la evolución de las letras chilenas. Las Historias de la literatura existentes, distraídas en el estudio de ctras más importantes, suelen dejar en mortal silencio a las letras patrias, o son tan voluminosas que no se adaptarían/al uso escolar. Resulta. pues, que si los alumnos abandonan las aulas sabiendo algo de Virgilio, Dante y Shakespeare, muy poco o nada saben de los Amunategui, Lastarria, Sanfuentes y Blest Gana. Sería ocioso indicar los inconvenientes de tal situación.

El señor Lillo intenta colmar este vacío con la publicación de su opúsculo en el que, sin pretensiones de forma y sin ahondar mucho, nos ofrece de las letras nacionales un cuadro bastante siel en el conjunto, si bien algo deficiente en los detalles. Aun admitida la escusa de la brevedad que imponía el fin didáctico de la obra, parece que ella hubiera podido ser más comple-En estas materias, lo que abunda no daña; y el volumen hubiera extendido su radio de acción aun fuera de las escuelas. Divide el señor Lillo su tra-

bajo en tres secciones que corresponden a otras tantas épocas bien caracterizadas de nuestra literatura: se extiende la primera hasta 1810; llega la segunda hasta 1842; y alcanza la última hasta nuestros días. Creo yo que hubiera sido más exacto traer el tercer período sólo hasta 1882; porque entonces las

innovaciones estéticas de Rubén Darío, inspiradas a su turno en las modernísimas tendencias literarias de Francia, engendraron una revuelta en contra de la clásica literatura española que sintetizan los vocablos realismo y decadentismo. Para valerme de un dicho conocido y expresivo. la actual generación sucede a la anterior, no procede de ella; tiene ideales artísticos enteramente diversos de los de aquélla. Por lo demás, el señor Lillo se coloca prácticamente en este punto de vista porque en su compendiosa reseña no nombra autores aparecidos con posterioridad a 1882; el último poeta, con Pezoa Véliz, a quien estudia, es Pedro A. González, precisamente el corifeo de las nuevas doctrinas literarias.

Los datos biográficos que suministra el señor Lillo son los más indispensables, y los presenta con suma concisión. Respecto de cier tos escritores de nota, al juicio crítico suele agregar algún ejemplo, algún pasaje característico. siempre elegido con acierto. Pero aún en la excesiva condensación del texto halla oportunidad el señor Lillo de manifestar su opinión propia acerca de los autores. Más de uno de esos jui-cios llamará, seguramente, la aten ción, encontrará resistencias, como en el caso de Domingo Arteaga, de Guillermo Blest y otros. Pero el buen gusto artístico de nuestro autor, su competencia de maestro en el ramo y su largo comercio con aquellos espíritus dan mucho peso a su sentir, y obligará a estudiar, nuevamente a esos autores que ganarán con ello el volver, siquiera por algunas horas, al mundo de los vi-

Naturalmente, y por unánime consenso, hasta el momento en que escribo, el período más fecundo de las letras patrias es el que medió entre 1842 y 1882. Es la época de nuestros grandes políticos y publicistas, de los cé-

lebres parlamentarios, de los correctos e inspirados poetas; es el momento en que la historia y la elocuencia brillan con vivo fulgor. Por eso hubiera yo deseado que el autor entrara en más de-talles a su respecto. Pero el sefior Lillo nos arrastra jadeantes sobre una veintena de nombres que en ningún caso agotan la lista de nuestras celebridades; y así como olvida mencionar algún importantes género literario, la oratoria sagrada, por ejemplo, silencia también más de un nombre distinguido en la historia de nuestra literatura. Recuerdo entre otros ilustres ausentes: a D. Ambrosio Montt, el más cumplido y refinado de los escritores chilenos, de ingenio ático, maestro en el arte del decir; a D. Adolfo Valderrama, el delicado novelista y poeta; a Pablo Garri-ga, el vate brillante, de viva fantasía y armonioso estillo. D. Isidoro Errázuriz, a la vez que genial orador y periodista, fué insigne historiador; valía la pena decirlo, y mostrar a los alumnos ese magnífico trozo de "Historia" que jamás quiso el autor llevar a término. Y ya que de oratoria acabo de hablar, creo que era de justicia nombrar, siquiera, a Al-tamirano, Julio Zegers, Balmaceda, D. Jorge Huneeus y D. Luis Aldunate, principes de nuestra tribuna parlamentaria y escritores distinguidos.

Es de esperar que para otra oportunidad el señor Lillo salve estos pequeños defectos a fin de que su Historia sea de verdad el cuadro armonioso y fiel de la li-

teratura chilena.

